



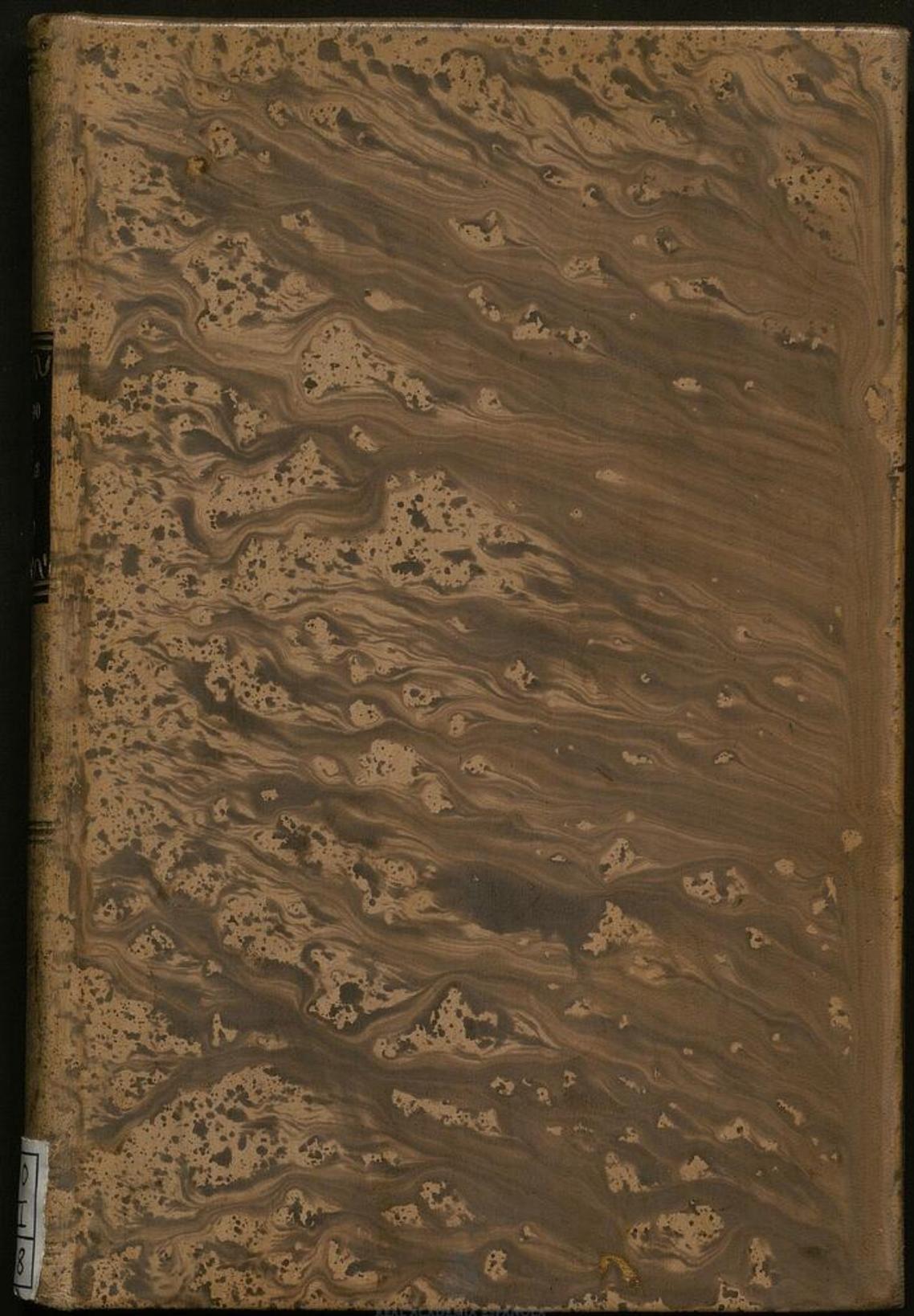
MILADO

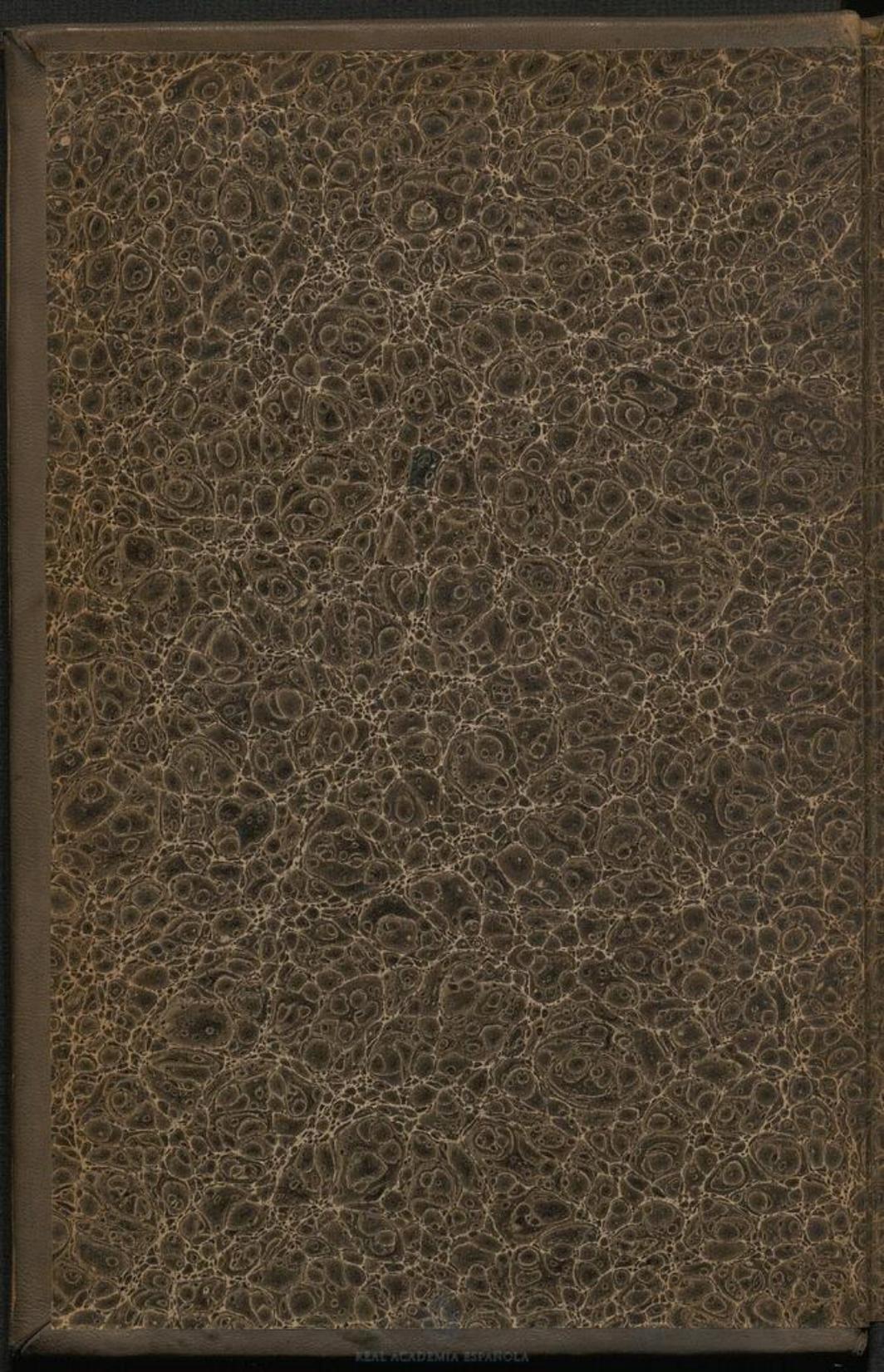
TAS

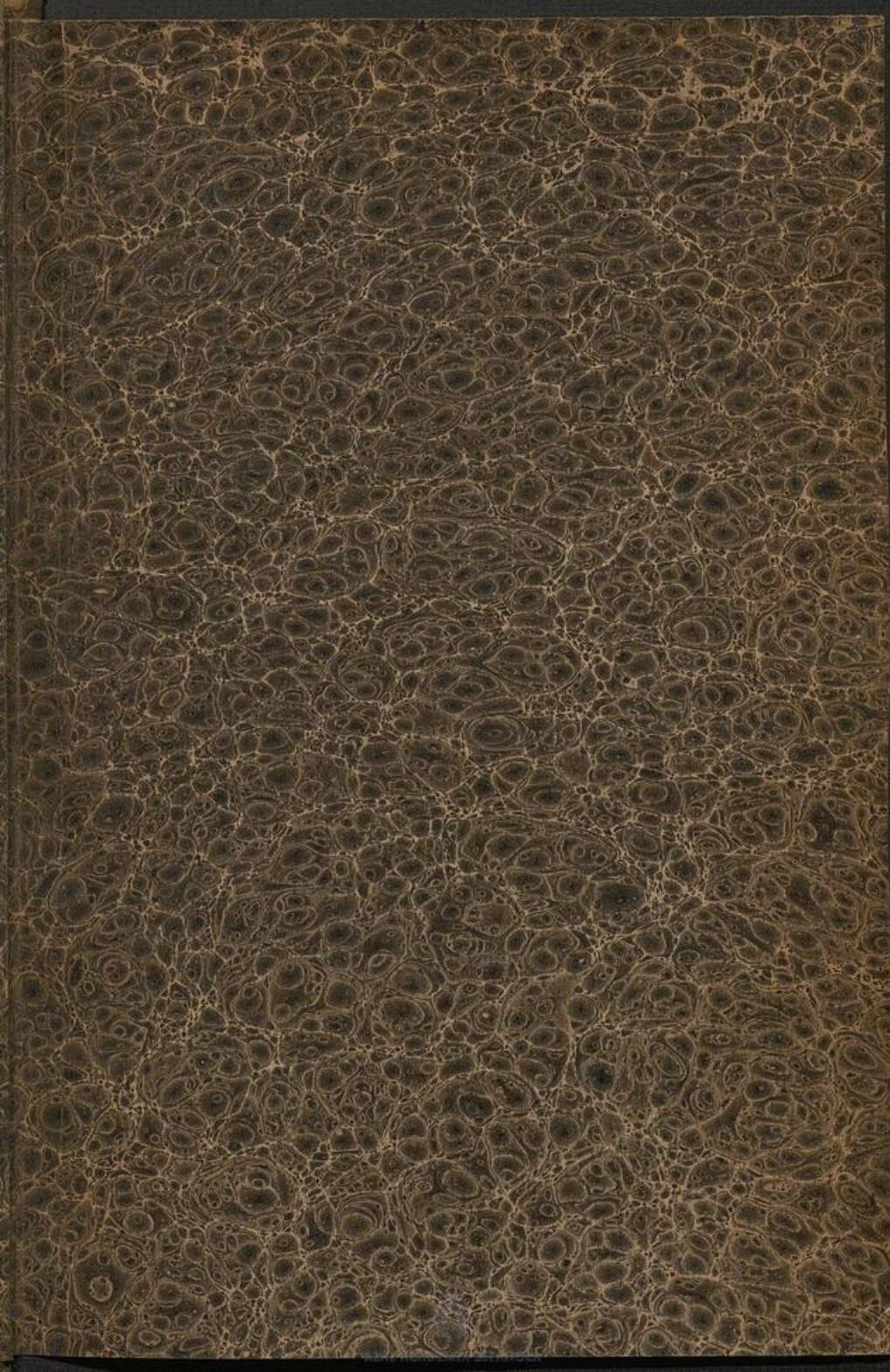
10

VI

58







10-VI-58

CASIMIRO DEL COLLADO

ÚLTIMAS POESÍAS

1852-1894



MEXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO
Calle de San Andrés, núm. 15. (Avenida Oriente, 51.)

1895



PRÓLOGO

CN otro lugar he dicho ya que si para obtener la remisión de mis pecados literarios me bastara presentar en señal de desagravio, y como compensación de las malas obras mías, las buenas de otros, publicadas merced á mi afán por enaltecer los trabajos ajenos, mi ánimo podía estar libre de preocupaciones, y debería yo considerarme absuelto. Mis escrúpulos, sin embargo, no desaparecen, y voy ahora á dar nuevo testimonio de mi empeño por honrar á quien honores merece, reuniendo en el presente volumen las últimas y atildadas producciones del justamente celebrado poeta Don Casimiro del Collado.



Estas poesías—con excepción de las intituladas *Insomnio*, *Enriqueta Sontang*, *Ante el Niágara*, *En el album de la niña Elisa Mendoza*, y *Via dolorosa*,—han sido publicadas en diversos periódicos de México, y algunas en los de España; pero nunca reunidas de manera que pueda nadie conservarlas, porque, como es bien sabido, las poesías y los escritos que no salvan los lindes de las hojas de actualidad, desaparecen sin dejar, las más de las veces, huella alguna ni aun para sus propios autores. Las tres primeras, anteriores á las publicadas en Madrid en 1880, con un prólogo del ilustre Menéndez Pelayo, han permanecido hasta hoy inéditas á causa de que el autor no las llevó consigo cuando fué á Europa, y ha poco tiempo que las halló entre sus papeles, y las puso en mis manos.

Al hacer hoy, en bien de los amantes de las buenas letras, la publicación de las últimas poesías del Sr. del Collado, juzgo pertinente reproducir en este lugar lo que hace algunos años dije en el semanario de cien-

cias y letras "La Juventud Literaria," con motivo de la inserción que dicho semanario hizo en su número de 10 de Junio de 1888 de la Oda *En el Centenario del General Don Nicolás Bravo*. Nada nuevo podría yo agregar en loor del poeta, y mucho menos tratándose de un autor juzgado ya magistralmente por crítico tan egregio como el Sr. Menéndez Pelayo.

Hé aquí el artículo:

"DON CASIMIRO DEL COLLADO.—Injustificable sería que en nuestro periódico, que ha procurado honrar y enaltecer á cuantos escritores y poetas han dado brillo y gloria á la literatura mexicana, dejase de registrarse el nombre del Sr. Don Casimiro del Collado.

"No importa que él hubiese visto la luz primera en Santander (España), ni importa que en su tierra natal hubiese adquirido los conocimientos que atesora. Miembro es, y muy distinguido, de nuestra familia literaria quien bajo el hermoso cielo mexicano entonó sus primeros cantos inspirán-

dose en la beldad de nuestras mujeres y en las bellezas de nuestro suelo; quien unido por indisolubles lazos fraternales á nuestros poetas y literatos, compartió con ellos las ilusiones y las esperanzas de la juventud, las luchas y las penas de la edad madura; quien siempre ha tenido grande amor á México y aquí fundó un hogar, modelo de hogares; quien ve, como si suyas propias fueran, las glorias de los mexicanos y dueñese de nuestros males que suyos ha reputado siempre. Hermano, que no amigo, de cuantos en la patria de Alarcón y Clavijero, de Carpio y de Ramírez, han cultivado las bellas letras durante medio siglo, el Sr. Collado es miembro, y muy querido en verdad, de nuestra familia literaria.

“Cuando el Sr. Collado vino á México en 1836, había ya recibido en su patria una instrucción severa y rigurosamente clásica. No fué ella, sin embargo, un obstáculo para que poco tiempo después fuese uno de los corifeos del romanticismo; pero de los buenos é inspirados, y libre generalmente de

los vicios de tal escuela, como con discreta frase dice el Señor Menéndez Pelayo en el prólogo que puso á la colección de *Poesías* del autor que nos ocupa, impresa en Madrid en 1880.

“El crítico acabado de citar, refiriéndose á la primera etapa que el Señor Collado recorrió como poeta, se expresa así: “Estas primeras poesías, todas ellas agradables y amenas, están, con todo eso, muy lejanas de anunciar al acicalado hablista, al maravilloso versificador, al espléndido poeta descriptivo que veremos después. Siempre vienen las flores antes que el fruto, y no madura éste en un momento. Antes de volar el poeta con alas propias, antes de contemplar cara á cara aquella opulenta naturaleza americana, y hacer poesías de veras, hizo poesía de artificio: *orientales* y *leyendas*, géneros radicalmente falsos, en que siguió las huellas de Zorrilla. Casos hay en que el imitador no se queda muy á la zaga del modelo, superándole, por de contado, en limpieza y relativa corrección de estilo y lengua, cualida-

des de que nunca prescindió Collado; pero más que estos ensayos agradarán de fijo al lector, por lo espontáneos y bien sentidos, los versos de amores, tristezas y afectos personales, que hacia el mismo tiempo compuso el poeta. *Laura en el templo, El ave sola, En la iglesia de . . .* y algunas otras, tanto mejores cuanto más breves, porque el verdadero sentimiento lírico no se aviene con ampliificaciones y desleimientos, se apartan de las rutinas de escuela, y entran algo más en la genialidad artística de nuestro poeta.”

“Tampoco fueron, añadiremos nosotros, los extravíos del romanticismo en aquel período de la vida literaria del Sr. Collado, causa que éste se entregase por completo á los delirios de una imaginación que rechaza cuanto con las comunes exigencias de la realidad humana se relaciona. Lejos de eso, el Sr. Collado vió siempre en el trabajo la mejor y la más rica fuente de los goces, y en la familia la más pura y la más santa de las instituciones. Quiso y logró el Sr. Collado, ser uno de los más útiles ciudadanos de

su nueva patria; no pura y simplemente el trovador que la hechizase con dulcísimos cantares. No es decir con esto que devorado por la fiebre de la riqueza, hubiese dado de mano á las musas y visto con menosprecio á los que al solo trato de éstas querían vivir dedicados. No, siguió siendo poeta por natural instinto; porque la poesía era un culto para su corazón; pero no cantaba á todas horas y por donde quiera, como el ave vagabunda, sino que buscaba en las letras hermoso oasis para descansar de las fatigas de la vida mercantil é industrial, sin que ésta se infiltrase en su sér, á modo de letal veneno que dejara marchitas las flores del sentimiento, y disipase como con helado soplo, el amor al arte, el fecundo amor á lo bello.

“Siguió cultivando la poesía con más depurado gusto á medida que el tiempo avanzaba, y eran sus producciones gala preciadísima de los más acreditados periódicos mexicanos. Y, ¡cosa singular! la fortuna le prodigaba sonriente sus dones, y de muy

**

distinta manera que por lo común acontece, han vivido unidas en él la riqueza y la inspiración.

“Respecto á la segunda *manera* que se nota en las poesías del Señor Collado, es decir, en las que escribió una vez pasada la fiebre del romanticismo, nada diremos de nuestra propia cosecha, pues doctas plumas se nos han anticipado. “Muestran— dice el Sr. Roa Bárcena,— un conocimiento más profundo y un manejo más franco y expedito del idioma y del arte poético, lo cual se revela en la mayor claridad y precisión de la frase, en la riqueza de la rima y en la elegancia verdaderamente horaciana de giros y períodos. Estimamos propicia para la fama del autor y para el adelantamiento de nuestra bella literatura, la circunstancia de que hoy pueda aquél aunar en sus composiciones á la unidad, sencillez, claridad y aticismo de que la Grecia dió al mundo lecciones que no caducan ni caducarán, el vigor de inspiración y de estilo que constituye acaso el rasgo más característico de es-

tos versos, y cuyo germen, si bien ha de existir en la índole misma del poeta, es casi seguro que se desarrolló en los cármes del romanticismo, cuyo trazo es debido á ingenios de la categoría del Dante y de Shakespeare.”

“Confirma y amplía este juicio del Sr. Roa Bárcena, el del Sr. Menéndez Pelayo, que figura, como dijimos ya, en el prólogo de la edición madrileña de las obras del Sr. Collado. No podemos resistir al deseo de reproducir algo de lo mucho y muy bueno que el crítico español dejó estampado en su citado prólogo.

“El mismo Andrés Bello, dice, autor de la incomparable *Silva á la Agricultura en la zona tórrida*, miraría con celos la *Oda á Méjico*, donde con más briosa y pujante entonación que la suya, hay el mismo amor y esmero en la descripción de pormenores, y en lo peregrino y bien adecuado de los epítetos: obra maestra á la cual sólo daña el excesivo empleo de los recursos onomatopéyicos.

“Collado ha recorrido con igual fortuna

todos los tonos de la lírica castellana, desde la entonación cuasi épica de *A Chapultepec* y de la oda *Al sabino de Popotla*, hasta el hondo sentimiento elegíaco, que palpita en *Liendo ó el valle paterno*, más inspirada y no menos elegante composición que la de Gray *Al cementerio de una aldea*: desde la apacible serenidad, al modo de Fr. Luis de León, de las lirás *A la Primavera*, hasta la acerada y juvenalesca indignación del *Adiós á España*, modelo de sátira política.

“La variedad de asuntos y la flexibilidad de ingenio son dotes de las más características de Collado. Pero el elemento descriptivo predomina en él sobre todo. Pocos, muy pocos vates castellanos han poseído como él el sentimiento de la naturaleza, en todas sus variedades y matices. Así, la contemplación reposada y la íntima fruición en la oda *Desde el Retiro*, contrastan con la brillante, aunque un tanto didáctica, exposición de las evoluciones geológicas en *Ciencia y Creencia*, donde (si he de decir lo que

siento) fuera de desear más claridad y menos dudas.

“En el manejo de la lengua y en el arte de la versificación ya he dicho que el Sr. Collado es maestro: si de algo se le puede tachar es de exceso de artificio, y de buscar dificultades por el placer de superarlas. Numerosas, rotundas y llenas son sus estancias: felices sus inversiones y latinismos: variadas y nunca vulgares sus rimas, y aplicados con horaciana novedad sus epítetos.”

“En obsequio de la brevedad omitimos hacer especial mención de las más hermosas poesías del Señor Collado, y omitimos también los abundantísimos ejemplos que con facilidad suma podíamos sacar del magnífico tomo de sus poesías, para recordar sus excelencias á los que tantas veces las han admirado, y para llamar hacia ellas la atención de la juventud, que hallaría en las estrofas del inspirado cantor modelos acabados de corrección y de bellezas poéticas. Pero sí haremos notar, para concluir estos brevísimos apuntamientos, que una de las cuali-

dades que más enaltecen al Sr. Collado á los ojos de los mexicanos, es que él, como no lo han hecho muchos de los autores nacionales, ha consagrado las más egregias de sus obras á cantar la hermosura de nuestro suelo y las glorias de nuestra patria. Díganlo si no sus odas: *En la inauguración del ferrocarril entre Puebla y México*, *Al sabino de Popotla*, *América*, *A México*, *A Chapultepec* y su inspirado canto al magnánimo General Nicolás Bravo, que hoy reproducimos.

“Carpio, á quien durante largo tiempo se ha presentado como el mejor modelo que la juventud debería seguir, no cuenta entre sus poesías una sola que pueda competir, ni por su forma ni por su fondo, con las de Collado que acabamos de citar.

“Con razón un crítico eminente ha dicho que: “mientras viva la lengua castellana han de vivir tales composiciones, y cuando apagados los entusiasmos y los odios contemporáneos, se juzguen por su valor absoluto y no por el aplauso y boga de un día,



llado por haber sido siempre el primero en celebrar las glorias de México, en cantar sus bellezas y en fraternizar cordialmente con los mexicanos. Si no sonaran mal en los labios de un amigo las revelaciones de ciertos actos generosos que el Sr. del Collado ha prodigado sin la menor ostentación, antes sepultándolos en las sombras del misterio, fácil me sería demostrar que uno de los colonos más benéficos que México ha tenido, lo es el autor de las poesías que acabo de coleccionar. Y como los *Consuelos* son tributo de noble afecto, con ellos he querido cerrar estas páginas.

México, Julio de 1895.

FRANCISCO SOSA.

INSOMNIO.

(En una aflicción)

Lentas discurren las horas
como sombras taciturnas;
de las lámparas nocturnas
se opaca la claridad;
á mis ojos niega el sueño
su benéfico rocío,
y solemne en torno mío
impera la soledad.

De los afanes del día
me acosa triste el recuerdo,
y de ilusiones que pierdo
la memoria aún más cruel.

Mil visiones, mil fantasmas,
del insomnio mudos hijos,
veo ante mis ojos fijos
ó me asaltan en tropel.



Brotan después remembranzas
de amigos dulces, de hermano,
cuyo aliento soberano
de la muerte el soplo heló;
cuyos espíritus flotan
en torno de mi cabeza,
gozosos de la tristeza
que su ausencia me inspiró.

¡Ah! ¿Por qué, manes queridos,
no compartí vuestra suerte?
¿Por qué, como en vida, en muerte
no fué nuestro sino igual?
¿Por qué en vez de tu existencia,
hermano que el alma llora,
no desató aquella hora
de mi existencia el dogal?

¿Es destino irrevocable
ver toda noble criatura
que mis afectos depura,
caer en mi derredor;
y entre uno y otro sepulcro,
sin lágrimas ya en mis ojos,
llegar, pasando entre abrojos,
de la vejez al torpor?

Las reflexiones sombrías
con los pesares se cruzan,
y de mi vigilia aguzan
la dolorosa inquietud.

Si la historia de mis días
entreabre severas hojas,
cuánto ¡oh Razón! te sonrojas,
cuán poco brillas ¡Virtud!

¡Cuántos pasaron veloces
años de fútil anhelo!
Ni un bien produjo en el suelo,
ni en la eternidad pensé.

La sangre en mi pecho hervía,
los ensueños en mi mente:
de amor, de gloria esplendente,
¡cuántos ídolos forjé!

El ardor de los deseos
trajo acerbos desengaños,
y transcurrieron los años
entre cantar y gemir.

¡Estéril afán, estéril
y al par destructor esfuerzo!
Hora en un potro me tuerzo
sin bríos, sin porvenir.

Hora en mis áridos ojos
ya lágrimas no aparecen:
las mejillas no humedecen;
caen sólo al corazón.

La lira perdió su encanto,
la garganta el suave acento,
y el tardo arrepentimiento
hiela mi imaginación,

El día entre ansias transcurre;
la noche entre insomnios corre;
mi mente, en ella recorre
la crónica del penar,
y solamente se aquietan
los recuerdos lastimosos
y los fantasmas medrosos
y el desgarrante pesar,

cuando el pensamiento fijo
en una santa memoria,
rayo de celeste gloria
que brilla en la obscuridad:
aparición de otros mundos
que disipa la tiniebla,
y que de esperanzas puebla
mi nocturna soledad.

¡Oh anciana madre adorada
que vida y alma me diste!
¡Joven que suspiras triste
y á quien alma y vida dí!
vuestro recuerdo que, siempre
unido, mi mente asalta,
la resignación que falta
nuevamente infunde en mí.

En mi soledad, unidas
vuestras imágenes puras,
las más negras desventuras
truecan en rayos de luz;
y la ausencia y el destierro
en que de vosotras vivo,
que son ¡oh amores! concibo
sólo transitoria cruz.

Emblemas sois de esperanza
en mi obscuro aislamiento;
y del día en el tormento
y de la noche al través,
el término suspirado
de nuestros males diviso:
¡un terrenal Paraíso
alzado para los tres!

1851.

ENRIQUETA SONTAG.

SONETO.

Asombro y entusiasmo al orbe inspira
de su garganta el mágico tesoro,
y en la celeste cumbre, el almo coro
de su genio el prodigio absorto admira.

Mas ¡ay! sus glorias con airada vira
corta la Parca, indiferente al lloro
y al materno afanar; el lauro de oro
cae de su sién y, resignada, espira.

Del arte la magnífica figura,
bañada en llanto y desceñido el velo,
ampara su extranjera sepultura.

Mientra á la patria universal, al cielo,
Virtud y Religión de su alma pura
plácidas guían el triunfante vuelo.

Julio 1854.



ANTE EL NIÁGARA.

¡Diluvio sempiterno, despeñado
entre rocas de ignoto fundamento,
de asombro fascinado
no se harta de admirarte el pensamiento!
Ante esa terrorífica hermosura,
milagro de grandeza,
de la humana criatura
resalta más la terrenal flaqueza.

Contemporáneo de la luz naciente,
del huracán y de la mar gemelo,
copia del Tiempo y del Destino imagen,
irrevocable, impávido, inflexible
sigues y seguirás la ardua pendiente
sin que tu paso vencedor ataje
fuerza ó saber, industria ó accidente.

Por entre bosques de beldad severa
donde hiperbóreo pino se levanta,



de los canos inviernos cabellera,
con paso de procela se adelanta
tu raudal formidable;
y, de su propio orgullo temeroso,
por las *Rápidas* entra dividido
hender queriendo el fondo peñascoso.

¡Cómo avanza! ¡Cuál se hunde! ¡Cuál se encorva
de arrecifes gigantes contrastado!
¡Cuál resurge en espumas colosales
al desprenderse por las amplias bocas,
hasta caer, con formas diluviales,
en vértigo fatal precipitado
al hondo abismo de espantables rocas.

Montañas disparándote de espuma,
el irritado abismo te responde.
Flota en los aires vaporosa bruma,
cual humo denso que el combate esconde;
y mientras el iris, símbolo de gloria,
por tu ropaje de vellón y perlas
en franjas refulgentes se dilata,
tu estridente rugido de victoria
por tierra y mar y cielo se dilata.

Mas—¡oh del arte prodigiosa audacia!—
cuando, el rugiente hervor ya desbravado,

deja el torrente las roqueñas fauces,
de Natura emulando el gran portento
sobre él suspende altivo monumento
bajo el cual, con vigor, por anchos cauces
llevan las ondas sus corrientes raudas,
mientras sobre él, con ímpetu de fuego,
los trenes, conmoviendo largo puente,
con silbo agudo y humeantes caudas
despliegan sus anillos de serpiente.

¡Obra aquella de Dios! ¡Esta del hombre!
¡Una del Criador, como Él gigante,
multiplicando asombros de potencia
que inspiran culto á su adorable nombre!
¡Otra producto de la audacia y ciencia
del mortal, en un átomo heredado
del sol de la Suprema Inteligencia!

Aquél es el coloso inmensurable.
Éste el enano débil; pero enano
cuyo ser, voluntad y entendimiento
arranques tales de grandeza rigen,
que fulgura cual digno complemento
de algo divino, inmaterial de origen.

.....
.....
.....

Aquí el absorto viajador admira
milagros del coloso ayer nacido.
Las que fueron profundas soledades,
monte abrupto, ancho río, inmenso lago,
pululan en aldeas y ciudades:
emporio que, en fortuna abastecido,
manda al Orbe raudales de riqueza,
—del trabajo y la paz opimo fruto—
y recibe del Orbe sorprendido
admiración ó envidia por tributo.

¿Sólo domeñador de la materia
osténtase este pueblo? . . . De los dones
con que espíritu humano se orgullece
no escaso poseedor, en sus regiones
de otras virtudes el laurel florece.
Mas ya, del Nuevo-Mundo nueva Roma,
con nuevas formas y mejores leyes,
de la ambición de los antiguos reyes
su inmenso orgullo investiduras toma.

¿Llevará á ganar bélicas glorias
prosperidad que el juicio entenebrece?
El halago de fáciles victorias
que en ponzoñosa florescencia crece,
¿erigirá en el albo Capitolio
militar dictadura que pretenda

(como antaño le plugo)
tierras, de nuevo vencimiento espolio,
del dominio sajón uncir al yugo?

Toda humana grandeza
nace, crece, se extrema. Si consejos
de fútil vanagloria sólo escucha,
la vía ensancha á su mortal flaqueza.
Mas ¡ay! del débil que, entretanto, escollo
quiera oponer, aunque en heroica lucha,
de la ambición del fuerte al desarrollo!
¡Ay! de las indo-hispánicas naciones
que el mundo pueblan de Colón, si un día
alza de la conquista los pendones
el Nemrod formidable que hoy espía
tácito sus civiles conmociones!

Vá-tagos de preclaros ascendientes,
de su estirpe emulando la costumbre,
antepondrán, cual cumple á los valientes,
sepulcro á servidumbre.

La Historia, en justas lágrimas entonces,
á su heroísmo alzando monumento
más sólido que mármoles y bronces,
dirá, de otras naciones á escarmiento:

“ Las inexpertas greyes
“ que tradiciones santas olvidando,
“ la patria historia como error desdeñan,
“ si de vecino pérfido las leyes
“ en parodiar se empeñan,
“ tras batallar nefando
“ entre el viejo y el nuevo fanatismo,
“ se extenúan, sucumben, se despeñan
“ de la ignominia al tenebroso abismo.”

Plegue al cielo piadoso
que México, en mis votos preferido,
de venturanza y glorias abundoso,
con Paz y Libertad robustecido,
vaya invencible antemural creciendo
del poder al desborde tremebundo,
que, cual humano Niágara estupendo,
atrae á sí la admiración del mundo.

Table Rock, Junio 1871

EN UN TEMPLO

DURANTE LAS CEREMONIAS DEL VIERNES SANTO.

SONETO.

De nuestras lides largo tiempo ignaro,
vió el hombre sublimarse la conciencia
al fecundo calor de esta creencia,
de este culto magnífico al amparo.

¿Por qué, de un peligroso bien avaro,
quiso el orgullo de la humana ciencia
poner en congojosa intermitencia
el resplandor del eminente faro?

“¡Plaza á la libertad! ¡Paso al derecho!”—
La humanidad reivindicarlos supo;
mas con sangre y rencor merma el provecho.

Yo agora, viendo del Calvario el grupo
y la duda que roe todo pecho,
la edad maldigo en que nacer me cupo.

Abril 1874.

SEVILLA.

AL INSIGNE POETA Y DRAMATURGO DON CARLOS COELLO.

CARTA QUE NO LLEGA Á EPÍSTOLA.

Desde el Edén mejor de Andalucía
endílgate mi musa estos cantares,
cumpliendo al cabo la promesa mía.

Aquí, donde pululan á millares
acacias y naranjos que embalsaman
el aire con sus flores y azahares;

al margen del gran río en que derraman
la Natura y el Arte sus primores
y ráfagas de gloria desparraman;

aquí, do más que tráfico y vapores,
resalta de Murillo la presencia
que, en múltiple milagro de colores,

de las celestes luces la excelencia
á sus aureolas daba portentosas,
y á forma femenil divina esencia;

aquí paso, entre flores y entre hermosas,
de primavera la estación suave,
cual más tarde lo harán las mariposas.

A más de la acogida con que sabe
comprometer la gente sevillana
cuanto en una alma agradecida cabe,

hay tanta amena distracción y urbana
que á toda ocupación rehusa espacio,
y todo se difiere hasta mañana.

Esto te explicará porque, rehacio,
mi verso se alejaba del correo.
¡Deja el mucho placer el cuerpo lacio!

Ninguna otra ciudad, ninguna, creo
que ofrezca tan variadas distracciones
como ésta, en la estación en que la veo.

La Semana Mayor, diez procesiones;
la siguiente, regatas y carreras;
luego, la Feria, y siempre diversiones.

De aquella, en horas vespertinas, vieras
desfilas por callejas y por plazas
de máscaras devotas las hileras.

En pos romanas huestes, por las trazas,
al compás de una música de ogaño
van con más rigidez que sus corazas.

Cercadas de cortejo tan extraño,
lentas pasan imágenes, vestidas
de muelle terciopelo y rico paño.

Lleva la Virgen perlas más garridas
que las que el Golfo de Cortés produce;
en sus ropas, con oro entretejidas,

todo el diamante de Golconda luce. . . .
Si Ella, en las nerviosas convulsiones
en que su afán materno se traduce,

tuviera á mano tan preciosos dones,
á Caifás y al Sanhedrio sacrifican
Escribas, Fariseos y sayones.

¿Porqué gusto y verdad se nulifican
por fausto contra el cual, como falsario,
la razón y la historia testifican?

Tú, prodigio de amor en el Calvario,
tú, lagrimosa, resignada Madre,
tú, discípulo amado y fiel sectario,

¿con seda y oro, que al mundano cuadre,
pudierais consumir la inmensa obra
de Redención que asombra al mismo Padre?

Bajo tosco sayal mérito sobra,
y el ánimo celeste en pobre traje
más eficacia y esplendor recobra.

Roldán y Montañés, con gran coraje,
álzanse de sus tumbas, y protestan
contra éste al Arte y la Verdad ultraje.

Mas los buenos cofrades no contestan:
con la sencilla fe de añejos días
la procesión rematan y . . . se acuestan.

La campana Pascual vierte alegrías,
y en entusiasmo ardiente, cual de moros,
hinche la plebe las angostas vías,

corre al sangriento circo . . . de los toros.
¡Deplorable espectáculo, que mancha
al español carácter con desdoros!

Siento ofender al diestro "Cara-Ancha;"
mas cuanto menos sea en lides romo,
más la ignominia del oficio ensancha.

¿A qué buen corazón, sangriento el lomo
de la aturdida fiera, no disgusta?
¿A quién negro rocín, vendido como

escuálido pellejo en brava justa
con débil osamenta, no le choca?
¿A quién caído toreador no asusta?

Sé que en mi verso hay eficacia poca;
mas mientras ame tan salvaje lucha
al africano mundo España toca.

Agudo en tanto el relinchar se escucha
de los soberbios potros andaluces,
en cuya crianza está la gente ducha.

De nobles razas y diversos cruces,
háylos de tal belleza, que eclipsaran
á los del griego padre de las luces.

Ora por luengo espacio se disparan
como en las lides hípicas solían,
y á premio, más que á gloria, se preparan.

Ora desde el cobil, hacia do crían
las coceadoras yeguas sus potruelos,
ó de enojo ó de amor relincho envían.

Allá toro pacífico, sin celos,
de las vacas el próximo cercado
vigila y los graciosos terneruelos.

Y acá, de toda suerte de ganado,
al culmen de la hipérbole subido
hace andaluz chalán luengo mercado.

Mas ya al borde del Bétis florecido
ó en barcas con primor empavesadas,
bulle vario concurso repartido.

Pronto sobre las ondas aún turbias
de la noche anterior por la avenida,
vuelan frágiles quillas disparadas.

Con tan suelto vigor como medida
tiende el pecho y los brazos el remero,
y es la nave cual ráfaga impelida.

Con la voz y el aliento al marinero
estimula el concurso. Al cable toca
el sevillano remador primero;

y al unánime aplauso que provoca
y al certamen acuático, fin pone
diluvio que ahogaría hasta una foca.

¡Así la diversión se descompone!
Jove andarse con César alternando
no aquí, como en Virgilio, se propone.

Pero el arte del hombre desdeñando,
atráeme el encanto de Natura,
y quédome el gran río contemplando.

¡En cuán graciosa curva su cintura
despliega, allende el barrio de Triana!
¡Cuánta ostenta después sombra y frescura!

Parte formé de alegre caravana
que una serena tarde, río abajo,
partió desde la puente sevillana.

Luengo fuera y ridículo trabajo
repetir lo que á insignes trovadores
justa celebridad y encomios trajo.

Jamás de pluma ó de pincel primores
el suave encanto expresarán que inspira
este Pactolo á bardos y pintores.

Cuerda enmudece, pues, mi ronca lira,
y obro con buen criterio; que de Coria
ya por la proa el término se mira.

Cómo el lindo lugar ejecutoria
de bobo se ha ganado, es cosa extraña:
yo no he leído en nuestra patria historia

que ningún ministerio diese á España.
¡Así sin base la opinión se cría,
y más se extiende cuanto más se engaña!

Mas volviendo al certamen de la ría,
 quedóse para ratos más serenos;
 que también la función se aguló aquel día.

No así el certamen, bueno entre los buenos,
 en que de Isaura el numen sevillano
 sigue los pasos, de laureles llenos.

Allí, en rotundo verso castellano,
 ensalzóse el TRABAJO¹ cual conviene
 al bienhechor, del mundo soberano.

Allí, NOCHE DE JUEVES SANTO² obtiene
 victoria sobre el propio colorido
 que la escena real en sí contiene:

y la FERIA³ es un cuadro concluído,
 ante el cual fuera el mío más que obscuro,
 si osara describírtela atrevido.

El bardo catalán de tanto apuro,
 por fortuna me libra: en su lectura
 placer, sorpresa, admiración te auguro.

De los varios cantores con usura
 el ingenio y destreza galardona
 más que alhaja preciosa, fama pura:

1 Décimas premiadas, unas de D. Luis Montoro, y otras de D. Benigno Más y Prats.

2 Romance del mismo D. Luis Montoro.

3 Romance de D. Benito Más y Prats.



y añade á su poética corona
el trashumante Obispo de Linares¹
perla de que con júbilo blasona.

Encomiaron á Herrera sus cantares.
Si no alcanzó la codiciada meta,
rozáronla sus versos singulares.

Pero noto que el hambre ya me aprieta,
y que Febo almorzó. Mi flaca musa
bosteza á cada rima que enjareta.

A seguir desbarrando se rehusa:
cesan aquí mis bárbaros tercetos,
que sólo tu amistad benigna excusa. . . .

Mas me asaltan escrúpulos secretos.
De esta forma al usar tan española,
¿no haré crujir de horror los esqueletos
de uno y otro dogmático Argensola?

Sevilla, Abril de 1880.

1 Imo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, entonces Obispo de Linares, quien leyó su composición que tuvo el accesit

NAPOLEÓN EN SANTA ELENA.

SONETO DE GABRIEL ROSSETTI.

(Traducción)

AL DR. D MANUEL PEREDO.

¡Cuál prisionero, oh mar, guardas! Temido
como dueño del rayo, en fácil guerra
dando ó quitando tronos en la tierra,
turba de imbeles reyes dí al olvido.

No, como en ellos, dón inmerecido
de Dios el setro que mi mano aferra;
á mi genio feliz, que al orbe aterra,
fué y de mis bravos al valor, debido.

Aquí arrojóme libertad triunfante;
no rayo que forjara el Vaticano,
nieve rusa, anglo, ibero ó rey tremante.

¡Grande me siento aquí! ¿Qué soberano
tanto esbirro, cual yo, tuvo reinante
y por cárcel estrecha un océano?

Mayo de 1886.



EN EL CENTENARIO
DEL
GENERAL D. NICOLÁS BRAVO.

—
O D A .

.....The rarer action is
In virtue than in vengeance.
SHAKSPEARE.

Tempest., Act. V.

Vile en mi mocedad — ¡tiempo lejano! —
De insigne historiador * en la morada
tendióme y estreché la franca mano,
á combates y triunfos avezada;
y contemplando aquel sereno busto
coronado de nieve,
que se grabó tenaz en mi memoria,
miré juntos fulgir en cerco breve,
luz de modestia y majestad de gloria.

Cante más rico numen sus campañas;
legítimas proezas militares

* D. Lucas Alamán.

que al asombro y dolor de las Españas
transmitían los vientos y los mares.

Al bardo castellano,
admirador del mérito eminente,
cumple humillar la descubierta frente
más que ante el guerreador ante el humano.

Yo en voz grandilocuente
cantara el rasgo de piedad sublime,
de vengativa sed el sacrificio
con que á presa legión de muerte exime
del padre tras el bárbaro suplicio.

Mas no bastaran de la Grecia el numen,
de Roma el arte, de Britania el genio,
unidos en armónico resumen,
para pintar con soberano ingenio
la lucha atroz que, en el horror nocturno,
dentro aquel grande corazón reñían
filial dolor, venganza roedora,
marcial deber. . . . contra el hidalgo arranque,
la cristiana piedad que, tras convulso
batallar de pasión y de grandeza,
en rápido minuto casi opaca
cuanto de grande y generoso impulso
de la Historia en el lienzo se destaca.

Como, del alba á la gentil presencia,
persisten en el aire y en los mares
restos de la pasada turbulencia,
así alumbra el claror del nuevo día,
de su alma en el estadio,
reliquias de borrasca todavía.
Mas lento baja al pavoroso radio
de la trágica arena,
prevenida á la bárbara hecatombe,
de perdón ó de tregua sin resquicio:
y en vez del rudo signo del suplicio,
con tranquilo ademán y voz serena
á las dispuestas víctimas anuncia
perdón y libertad. . . . Tiembla la escena
al resonante ¡Viva! que pronuncia
la turba, del sepulcro redimida.
De justa gratitud al entusiasmo,
abraza decidida
la causa por tal héroe sostenida;
y en reverente pasmo
el orbe la asombrosa nueva escucha.

¡Rasgo enaltecedor de aquella lucha!
¿Fué cálculo sagaz? Sobre la propia
hazaña y las de huestes enemigas,
se alza, y eclipsa la cruenta copia
de triunfos, de combates y fatigas.

¿Impulso fué de natural nobleza?
En aquella vorágine de horrores,
de estragos y matanzas y rencores,
¡brilla más grande tan feliz grandeza!

El triunfo de mayor merecimiento
es de sí mismo el arduo vencimiento.

Batallas y victorias
entre entonces enemigos, hoy hermanos,
de ardimiento prodigios
remembrarán apenas las historias,
de liras y pinceles lós vestigios.
Con perezoso orín tácito el tiempo
las proezas más ínclitas deslustra,
borra los más espléndidos blasones;
mas la luz de magnánima clemencia,
el fulgor de los hechos generosos
sobre el turbión de horrores hazañosos
perdurará con límpida hermosura
de la Historia en los nítidos espacios,
como reinan eternos resplandores
en las esferas de los astros grandes,
aunque turbe los cielos inferiores
borrasca que estremece en sus furores
tendidos golfos y empinados Andes.



Guerrero generoso, á quien Anáhuac
en justa apoteosis hoy sublima,
eterno el canto vivirá que se alce
de tu virtud á la envidiable cima.
En el concierto que tu nombre ensalce,
de España eco no digno, pobre rima
arriesgará mi admiración. Confunde
no su verdad, su mérito, el aplauso
de patria gratitud que en torno cunde:
la repercuten piélagos y montes,
los limpios, alongados horizontes;
y desde las alturas de su templo,
entre hosannas, la Fama
tu nombre por los mundos desparrama,
y le ofrece á los pósteros ejemplo.

México.



EL LAGO.

Traducción de Lamartine

Hecha á la vista del mismo lago Bourget, cantado por el poeta
de las "Meditaciones y Armonías."

Siempre hacia nuevas playas impelidos,
así hacia noche eterna arrebatados,
¿en los mares del tiempo, no medidos,
breve día siquiera
no lograremos resistir anclados?

Apena el curso feneció de un año,
y junto al grato oleaje que debía
ella tornar á ver, en este escaño
mírame ¡oh lago! solo
donde á mi lado la miraste un día.

Como hoy, gemías en tus cuevas hondas;
en tus agudos riscos te quebrabas,
y con la espuma de tus frescas ondas,

del viento remecidas,
la forma leve de su pie bañabas.

Una noche, bogando silenciosos,
—¿te acuerdas? —bajo el cielo y en el aire
sólo sonaban ecos melodiosos
del remo que movía
tus limpias ondas con gentil donaire.

De repente, un acento de otros mundos
los ecos de tus márgenes encanta:
atónita, en sus ámbitos profundos,
el agua escucha el eco
de su voz, tan querida, que así canta:

—“El vuelo suspended, horas propicias;
“¡oh tiempo! el curso pára.
“Saboreémos rápidas delicias
“que el mejor de los días nos depara.

“Corred para los muchos que os imploran;
“sus días infelices
“llevad, con los pesares que devoran:
“olvidad, olvidad á los felices.

“Pero en vano le pido otro momento;
“de mí se aparta, y huye.

“Despacio ¡oh noche! dícele mi acento;
“y la luz de la aurora me circuye.

“Amemos; la fugaz hora que brilla
“Gocemos con presura,
“puerto no encuentra el hombre, el tiempo orilla:
“éste corre, aquél pasa; ¡nada dura!”

¡Tiempo envidioso; ¿Y es verdad que cuando
de amorosa embriaguez el dulce instante
nos va en deliquio célico inundando,
del pesar con la prisa
se iguale, hacia su término volando?

Y ¡qué! ¿Siquiera de su paso nunca
fijar podremos la adorable huella?
El día que placeres da, los trunca:
pasados ó perdidos,
no los devolverá benigna estrella.

Pasado, eternidad, antros sombríos,
¿qué hacéis de nuestros días devorados?
¡Hablad, hablad! Los nobles desvaríos,
los éxtasis sublimes
que nos arrebatáis ¿serán tornados?

¡Oh lago, rocas, grutas, selva oscura
que el tiempo no aniquila ó regenera!
guardad, y tú también, bella Natura,
guardad de aquella noche
la remembranza temporal siquiera.

En tus calmas perdure y tus borrascas,
en la risueña faz de tus colinas,
en la fronda de abetos y carrascas,
en las rocas salvajes
con que el contorno espléndido dominas.

De tu ambiente en el vuelo estremecido,
en los rumores de tus playas dure,
por ellos con amor repercutido,
y en el astro argentado
que de tus ondas el azul depure.

Que el trémulo cañar, la aura que espira,
que el perfume de tu aire embalsamado,
todo cuanto se ve, se oye ó respira,
todo con lengua muda
diga al viajero atónito: "¡Han amado!"

Aix-les Bains, 1882.

ADIÓS AL POETA.

Poesía dedicada al Gral. Don Vicente Riva Palacio y leída por Don Francisco Sosa
en la Velada del Liceo Hidalgo.

Antaño los errantes trovadores,
tizona al cinto y en la mano el arpa,
sólo en *cortes de amor* representaron
de su tierra las glorias literarias.
Tal vez su sangre en turbulentas lides
vertían por su Rey y por su patria;
mas de rudos magnates las delicias,
los encantos de Reinas y de damas
en torneos, saraos y festines
con sus trovas poéticas formaban.

¡Cuánto los tiempos mudan! Del Estado
no es hoy rareza que en las cimas altas,
como en trípode antigua Pitonisa,
dicte un poeta leyes soberanas;
ó cual prudente mediador, ajuste
paces felices, útiles alianzas.

Tú, guerrero y poeta, que abandonas
por la mía gentil tu dulce patria,
serás en ambas trovador antiguo,
diplomata novel, dúplice fama
lucrando en dos naciones generosas,
por origen y amor dignas hermanas.

¡Párte y llega feliz! Si yo de Horacio
siquier á la parodia me elevara,
su noble canto de Virgilio al viaje
preludiaría en rimas castellanas.
Otros más diestros, en sonoros números
digan lo que el temor en mí recata,
y arrinconen mi tímido romance
á la débil penumbra de estas aulas.
No obstante, al suyo mi cantar se une
y solícito suena en tu alabanza,
como si cuerdas de laúd ya viejo
cantos de joven bardo acompañaran.

¡Párte y llega feliz! Allá, en la Corte
que el Manzanares besa, aunque sin agua,
vive sano, contento, acariciado
por lo mejor que encierra la gran Mantua;
allá, do con facilima franqueza,
nobles, sabios, poetas, cuantos aman
artes, letras y ciencias, acogida
digna como afectuosa te preparan.

Ni eres tú nuevo allí: que aún en los ecos
del Escorial — ¡maravillosa fábrica! —
de aquel soneto los primores suenan
que el fin del Rey sombrío contemplaba.

¡Llega y vive feliz! Al lado tuyo
¡quién recorrer los ámbitos lograra
de aquel Edén, donde la cuna mía
rodó y pasóse próspera mi infancia!
¡Voto inútil! Consuélame y me anima
dulces sentir las brisas de tu patria,
y, pensar que es la *Nueva*, á fuer de joven,
aún más amable que la *Vieja* España.

Venga de tiempo en tiempo á mis oídos
de tu ebúrneo laud la resonancia,
y la amistad aquí dirá gozosa:
“¡siempre es feliz el cisne, pues que canta!”

México, Julio 3 de 1886.



GENIO Y OLVIDO.

Á la memoria del insigne escultor y arquitecto, D, Manuel Tolsa.
Ante su estatua ecuestre de Carlos IV.

Ven, dulce sueño, ven. Potro es el lecho
si el insomnio los párpados fatiga;
y son iguales al herido pecho
adversa claridad y sombra amiga.

Salgamos. Aire y luz. Ya de la luna
á los fulgores, la ciudad se aduerme,
sin que rumor de gente inoportuna
turbe el descanso del guardián que duerme.

Los domésticos muros esclarece
con más tenues fulgores; y en la sombra
que de una acera el límite obscurece,
finge en el pavimento parda alfombra.

¡Con qué frescos matices hermosa,
aunque agotados los antiguos cauces,
la que en el viejo Parque gallardea
copia de erguidos fresnos, mustios sauces!

Aquí régia avenida se dilata:
allá del campo la extensión fulgura;
circuída de atmósfera de plata,
surge en su pedestal broncea escultura.

¡Qué pasmosa verdad este vestigio
de arte español, que México mal precia!
Saludáranle artístico prodigio
Roma asombrada, complacida Grecia.

Marcha el corcel con noble gallardía:
al ginete, del triunfo los honores
discierne el pueblo en la Sagrada Vía;
síguenle esclavos, cércanle lictores.

Acógele el Senado respetoso;
circúndale la plebe redundante;
y, al pasar bajo el arco majestoso,
le aclama la ex-República triunfante. . . .

¡Oh frágil ilusión! La bella estatua,
no sol de gloria antigua, es débil lampo
que, como en negra noche lumbre fatua,
deja en más honda lobreguez el campo.

¿Qué timbres de virtud ó qué grandezas
al imbécil monarca da la Historia?
¡De su Corte, sentina de impurezas,
guardan dos mundos lúgubre memoria!

Escándalo de padres y de esposos,
cual can, la mano al favorito lame.
Véncenle sólo, en actos vergonzosos,
la adúltera consorte, el hijo infame.

¿Y á tal rey, la lisonja cortesana
y la estullicia popular, erigen
estructura soberbia en que se ufana
del preclaro escultor el noble origen?

¡Rastrera humanidad! ¿A tal miseria
pudo humillarse el genio del artista,
divinizar queriendo la materia
que más de justa apoteosis dista?

Mas, súbito, de gallo del contorno
— plumífero vigía — se oye el canto,
y, del augusto monumento en torno,
descoge fosca niebla espeso manto.

Luego con lenta graduación se tiñe
todo en luz, cual de flámula verdina;
y ancha frente, que antiguo lauro ciñe,
surge rompiendo la sutil neblina.

Y crece, y sube en colosal manera
su forma de esqueleto, en cuya mano
cincel sin tosca herrumbre reverbera,
áureo compás de brillo soberano.

No insecto volador en torno zumba,
ni el silencio fatídico interrumpe;
hasta que en hueca voz, como de tumba,
la prodigiosa aparición prorrumpe:

“ ¡No! Si obediente á virreinal mandato,
“ con mi deber en lucha, mi alto numen
“ erigió este magnífico retrato
“ de cortesana adulación resumen,

“ no al Príncipe reinante, lisonjero
“ de la inmortalidad subí al emporio:
“ en héroe coloqué romano-íbero
“ máscara del monarca venatorio.

“ Es Teodosio inmortal, es Elio Adriano,
“ como sabio en la paz fuerte en la guerra;
“ ó aquel, en todo vencedor, Trajano
“ *ante quien muda se postró la tierra. . .*

“ Si adulación rastrera á los de entonces
“ ocultó del artista el pensamiento;
“ si el odio de los pósteros el bronce
“ relegó injusto á cláustro polvoriento,

“ cuando, al ceder guerrera calentura,
“ logró sus fueros recobrar el arte,
“ dióse, tarda limosna, á mi escultura
“ ruin pedestal en solitaria parte,

“do, como antiguo Dictador que osá
“todo, menos ahondar sangriento abismo,
“parece por la *vía dolorosa*
“serena encaminarse al ostracismo.

“Arroja, creación de mis desvelos,
“la del estulto Rey máscara innoble,
“y enseña altiva á los indianos cielos
“de un César español el rostro noble.

“Con el glorioso cetro reanimando
“el brío de tu real cabalgadura,
“la marcha hacia la mar apresurando,
“superá del Ajusco la fragura,

“las asperezas que el Mescala riega,
“el marítimo margen siempre á solas,
“y tu grandeza y mi renombre anega
“del mar del Sur en las tranquilas olas.”

Ya, empero, de la aurora vaticinio,
se oye del gallo el penetrante acento,
y estruendo, como anuncio de exterminio,
llena la nube en torno al monumento.

Disípase. La imagen del artista
con ella se resuelve en aire vano;
y el silencio otra vez cubre y atrista
la curva plaza y el tendido llano.

Presa mi corazón de extraña angustia,
de aquel osario de grandezas huyo;
y con la faz por el desvelo mustia,
á la quieta ciudad me restituyo.

En ella surge ya tenue bullicio
del que á jornada ó á jornal madruga,
ó del magnate en el marmóreo quicio
las lágrimas del hambre mal enjuga.

Y meditando en la forzosa suerte,
término á la penuria y la abundancia,
que empuja hacia las fauces de la muerte
lo mismo que al saber á la ignorancia;

viendo que sobre glorias y grandezas
tiende su manto el implacable olvido,
con aumento de sombras y tristezas
torno al silencio de mi hogar querido.

“Genio — exclamo — virtudes, arte, ciencia,
“son efímeras flores, vano anhelo:
“de victoria el laurel, la Providencia
“sólo discierne al digno allá, en el cielo.”

1888.

DILUVIO.

CON MOTIVO DE LA CATÁSTROFE DE LEÓN.

A D. Francisco Sosa.

¡Mudanza persistente de Natura!
Es la risa del llanto precursora;
presagio de infortunio la ventura,
y á la vida más próspera en una hora
pone súbito fin la sepultura.

La soberbia metrópoli que erguía,
henchida de contento y de riqueza,
la gallarda cabeza,
sobre el extenso valle rumoroso,
de terremoto súbito al empuje
vacila, ondea, cruje,
yace montón de escombros pavoroso.

Arroyuelo que el valle fertiliza
y de verdura y flores le matiza,

conviértese en torrente que estruendoso
anega, desbarata, aterroriza.

Súbito, del estío en los ardores,
el cielo se encapota;
y con roncós rigores
del huracán la saña
plantas, árboles, cúspides azota.
Chócanse los vapores y combaten
con alongado, retumbante trueno;
las vívidas centellas
—serpientes luminosas—
surcan el éter, huérfano de estrellas;
y al paso que la lucha horrible sube,
es Niágara implacable cada nube.

Hínche el diluvio la extensión del valle;
por la ciudad dormida
abre el torrente ilimitada calle,
y en rugidora saña
así arrastra el magnífico palacio
como, y aún más, la mísera cabaña.

Terror y confusión, alto lamento,
y lágrimas, y gritos, y ruínas,

cadáveres sin cuento;
y la sombra nocturna,
en su contorno vago,
encubriendo á la víctima aterrada
la atroz grandeza del tremendo estrago.

Alumbra ¡oh sol! alumbra. Ya que plugo
rasgar su inmensa catarata al cielo,
hoy de la tierra bárbaro verdugo,
como imprecaba el héroe del poema,
da siquiera á las víctimas tu lumbre
y tu rigor extrema
desde el seguro de inaccesa cumbre. . . .

Cálmanse al fin las iras del Destino;
y mientras lejos ruge la tormenta,
anhelosa quizás de nuevo amago,
contempla y mide el mísero vecino
la inmensidad del espantoso estrago.
¡Pobreza! ¡Luto! ¡Expatriación! ¿Qué voces
dirán la inmensidad del infortunio
que á la inocente muchedumbre arranca
de la familia y del hogar los goces?
¿Qué lágrimas serán, qué horror, bastantes
á deplorar el fiero cataclismo?

¿Qué crímenes triunfantes
de punición abrieron el abismo?

¡Misterio aterrador! Mientra el malvado
vence y reina, sucumbe el inocente.
¿Será que el cielo, al llanto indiferente,
sordo del justo al ruego,
castigue en muchos la maldad de pocos,
lanzando en ciego error rayo más ciego?

¡Horrible pensamiento, huye del alma!
Ante la gran catástrofe se humille
sumisa la razón. Si no la calma,
que la resignación siquiera brille.
La faz de los que gimen desarrugue
de la esperanza dulce la presencia:
la Religión sus lágrimas enjague,
la Caridad alivie su indigencia.

¡Espectáculo hermoso! Aún guarda el suelo
de cristianas virtudes los vestigios,
y reproduce, en torno á tanto duelo,
de fraternal abnegación prodigios.

Tú, de Anáhuac emporio,
de desventura igual bajo el amago,

de tus hermanos al socorro acudes
aunque á tus puertas el salobre lago,
que ser debiera de riquezas fuente,
amenaza quizás mayor estrago.

Ya recelo de idéntico diluvio
al cortesano en sueños estremece;
ya, de cruel pesadilla en los desmanes,
mira cuál se ennegrecen los volcanes;
— colosos de granito
que, en clámides de hielo arrebuja-
dos, reinan en comunión con lo infinito—
ya ve que el sempiterno
Regulador del orbe
lo libra todo al Destructor eterno.

Despierta con sudor, se palpa, duda
y en ferviente plegaria
implora del Señor que, cual de un padre
la compasión retira
azote contra el hijo enderezado,
el rayo formidable de su ira
aleje de este Valle amenazado.

Julio 1888.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA SARA CHAVERO.

SONETO.

Sara! poetas cien la gentileza
de tu risueña juventud loando,
en torno á tí, como sumiso bando,
tributen homenaje á tu belleza.

Vayan las Artes con feliz largueza
al mérito modesto tributando:
no mi musa decrepita que cuando
piensa si canta, apenas si bosteza.

Pero ya que á mis trovas te resignas,
de buen cariño pálido reflejo,
con miradas honrándolas benignas,

sigue, al abrir este album, un consejo:
fijate en otras páginas más dignas;
porque ésta de mi mano huele á viejo.

Diciembre 1888.

CONTRASTES.

SONETO.

Al culto del hogar y la familia
conságrase el varón que hidalgo nace;
y cuando ansia de goces satisface
del honor con las leyes la concilia.

¡Pronto cesa en la tumba su vigilia!
Mas el perverso en el frecuente enlace
del vicio con el crimen tal se place,
que á eternizar su juventud le auxilia.

¿Ama Natura el mal? . . . Ilesa huye
maligna sierpe ante lanzada piedra;
más que el dulce el raudal salobre fluye,

y mientras hielo, que al colono arredra,
la gramínea benéfica destruye,
maléfico yerbajo vive y medra.

1889.

CANTABRIA.

Homenaje de ausente á mis ilustres conterráneos Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo y D. José Marfa de Pereda.

*Cantaber ante omnes, nemisque aestusque famisque
invictus, palmaeque ex omni ferre labore.*

SILIO ITALICO. - Páñlea III.

*Servit Hispanae vetus hostis ore
Cantaber, será domitus catená.*

HORACIO, lib. 3.^o, Oda 8.^a

I

Desde el abismo de la edad rugosa
la yerta fantasía tal vez sube
al Edén juvenil; región gloriosa
en que jamás el Sol recela nube.

Entonces se difunde el pensamiento
por aquellas riberas apartadas
en que volaron, como el humo al viento,
de mi niñez las horas mal logradas.

Entonces de aquel golfo me estremecen
las olas que los cierzos atormentan;

valles miro do ruines mieses cuajan;
riscos que níveas cúspides ostentan;
montes que de Pirene se desgajan
hasta hundirse en el túrbido océano,
y resguardan la tierra, que ennoblecen,
irguiendo escollos de granito y hielo
como barrera al turbulento golfo,
como amenaza al conturbado cielo.

No embargante lo estéril de la tierra
y las marinas furias,
aquel ángulo pobre, que se encierra
entre el término vasco y el de Asturias,
acoge y manda por los anchos mares
soberbias náos, tráfico atrevido;
y prefiriendo á los seguros lares
de crespas ondas áspero bramido,
sus hijos van con pertinaz constancia
llevando por doquier ¡oh, noble orgullo!
su misión de trabajo sin jactancia,
el pesar de la ausencia sin murmullo.

Antaño aquellos ámbitos poblaba
en llano y monte, aldea y espelunca,
gente indomable que vivir esclava
de extranjero poder, no quiso nunca.
En su valor y fuerza se estrellaba

astucia ó brío de invasor extraño.
Del mundo la soberbia vencedora
clavar no pudo en las agrestes peñas
terribicas enseñas,
señal doquier de triunfos y dominio:
que al escuchar su voz, anunciadora
de incendio y exterminio,
cada Cántabro, en hélico arrebató,
cabalgando ó rompiendo por las breñas,
era un segundo Anibal, un Viriato.

Mas ¡ay! que la Fortuna,
voluble cortesana,
traiciona á las cantábricas falanges,
y brinda con sarcasmo
coronas de martirio
de la intrépida raza al entusiasmo.
Cegados de patriótico delirio,
alcanzan sus campeones que la sangre
romana, al tanto que la propia, fluya;
y al par, en hecatombes lastimosas,
verdugos de sí mismos, dan la suya
niños, ancianos, vírgenes y esposas.

¡Así menguó la indómita ralea!
De aquel montón de escombros
la conquista feral se enseñoera

entre orgullo y asombros;
y puede el grande Augusto,
libre de hispano susto,
cerrar el templo del bifronte Jano:
aquel dios de faz doble
que, con justicia, representa, inmoble
en rostro y alma, al vencedor romano.

¡De la cantabria libertad la ruina
así se consumó! La tierra hispana,
á rapaces Pretores fácil mina,
los destinos siguió de la romana.
El cetro de los monstruos nauseabundos,
del dios—gran comediante—sucesores,
de asombro y de terror llenó los mundos,
y ardió Hesperia en escándalos y horrores.

Mas ¡cuán noble venganza cupó en suerte
á la heroica nación! . . . Allí nacieron,
ó de española estirpe procedieron,
los pocos que el fracaso estrepitoso
del romano coloso,
con puntales de gloria detuvieron.

La ley de expiación al fin cumpliósse;
y vió Cantabria, entre placer y susto,
que en Roma el cáliz de amargor rebose,
que Augústulo derribe obra de Augusto!

II

En los altores cántabros encinas
y robles brindan con fecunda sombra.
La conquista feroz — madre de ruinas —
con despiadado hierro los descombra.

Cuando repone lenta la Natura,
bien que no con la prístina grandeza,
del vegetal prodigio la hermosura,
nueva segur nuevo destrozó empieza.

Mas la Gran Madre en reparar constante,
como tenaz en destruir el hombre,
aún preserva, tras lucha devorante,
de la ubérrima fronda un resto. . . ¡el nombre!!

Así domina el triunfador romano.
Cuando él sucumbe, á vacilante trono
uno tras otro régulo se encumbra;
mas sin que aplaque el sanguinario encono
ni el nuevo altar que el Cristianismo alumbra.

Tras siglos de dominio turbulento,
goda venganza y moro fanatismo
estréchanse en adúltero consorcio.
Cuando salaz monarca ve el abismo

que de casta virtud cavó el divorcio,
al campo del honor tardío llega
en áureo, ebúrneo carro. . . .
Impasibles miraron cinco soles
de africanos guerreros y españoles
soberbio arranque y contender bizarro:
su red, al sexto, la traición despliega,
y en diluvio de sangre á España anega.

Mas falange de rudos montañeses,
al Godo unida, el batallar prolonga;
después que —dalle en abundantes mieses—
cuellos de moro siega en Covadonga.

Más tarde, cuando al orbe hispanas huestes
vencen y asombran por audacia y brío,
en ellas de los cántabros agrestes
lucen la astucia, el ímpetu bravío.

¡Cuántos en tierra y mares
el esfuerzo español lauros apaña!
No adivinó, entre bélicos azares,
que aquel Sol, sin ocaso para España,
fuese origen de sombras seculares!

Desde el César romano al gaula César,
de la ambición de mando los colosos
en la arrogante Iberia fértil radio

eligieron — ¡mal haya! — para estadio
de combates y triunfos portentosos.
Medros rindió al extraño la Victoria:
á España el sacrificio. . . . humo de gloria!

III

¡Oh, Cantabria! ¡Oh, mi amor! Cuando mis ojos
tu luz acarició, de infandas guerras
lástimas resentías y despojos.
Cuando después, por valles y por sierras
de fratricida lucha los arrojos,
odios y estragos contempló mi mente,
en vengarlos soñé. . . . Madre cristiana,
¡ay! con dolor, cual su piedad, profundo,
designa — cura á mi ambición insana —
allende ponto amargo, el Nuevo Mundo.

¡Cuántos más como yo! Mares salobres,
costas insanas, rípidos desiertos
unos, luchando, recorrieron pobres
hasta encontrar reposo. . . . cuando muertos!

A otros, labor asidua, ingenio ó suerte
fueron en campo ó en ciudad propicios. . . .
Premio de afanes, fin de sacrificios,
tumba extranjera bríndales la muerte!

Menos aún los que, por verdes ondas,
salud, reposo, honores anhelando,
en riqueza y otoños abundando,
al fin saludan las nativas frondas.

Trojes vacías y talados montes,
miejes por hembras débiles labradas
sorpréndenles; y á indianos horizontes
tornan con llanto inútil sus miradas.

¡De la prosperidad fácil contagio!
Huyendo de miserias el herrumbre,
afrontan las familias el naufragio,
la enfermedad, la horrible incertidumbre;
y dejan, como lúgubre presagio,
eriazos el huerto y el hogar sin lumbre.

Si, al menos, la fortuna con que torne,
viejo ó doliente, el que garzón emigra,
lógrese que mediana holgura adorne
el tugurio ó la gleba del villano,
que ser escombros ó espinares peligra,
¡cómo atajara el opulento indiano
el torrente fatal del ostracismo!
¡cómo con franca mano
del hambre cegaría el hondo abismo!

¡No! Como antepusieron sus mayores
derrota y exterminio
á extranjero dominio,
así los de Cantabria moradores
ó, escapando de hambrienta servidumbre,
truecan acaso por quimera indiana
su rústica techumbre,
ó maldiciendo—¡origen de sus daños!—
hondos disturbios en que tanto medran
de ambición y codicia los amaños,
cuanto el decoro y la virtud se arredran,
legítima al destierro hallan excusa
demandando á las índicas regiones
“*Paz y pan,*” que su patria les rehusa,
esclava de sangrientas conmociones.

No de otra suerte flor que asombraría
de hermosura benéfica en el trono,
muere, si á la porfia
del invernial encono
la libra, bostezando, el abandono:
mientras confiada al vigilante esmero
de desperto cultor, ó en clima blando,
vive, crece, prospera, del viajero
el olfato y la vista recreando.

IV

Si es fatal disyuntiva que peligre
en sus hogares cántabra familia
ó al Nuevo Mundo emigre,
á Dios siquiera plegue
que venciendo, tenaz, vicisitudes,
en los campos de América despliegue
toda planta de Iberia
sus ínclitas virtudes;
y que en robustos vástagos fecunda,
libre de la opresión de la miseria,
ejemplos de honra y bienestar difunda.

Si inexorable fuere
decreto, del Criador en los arcanos,
que última hecatombe redimiere
triunfos, errores, crímenes hispanos,
¡cuántos, hoy del destierro en la aspereza,
del holocausto vieran en las aras
no cruento suplicio,
sino santa proeza;
triunfo de patrio amor, no sacrificio!

Cúmplase del Juez Santo
la justiciera ley! No, empero, tanto



la visigoda Hesperia
por sus morenas hijas se desangre,
que esqueleto se torne de laceria.
Estreche mutuo amor lazos de sangre,
vínculos de interés: que con mesura,
de recíprocos bienes correr puede
el raudal, sin que en sima de amargura
tanta amorosa madre hundida quede.

Así América en brío y gentileza
con la sangre de España medraría;
y allá del Orbe Nuevo la largueza
de bendición en frutos sobraría.

Así de ambas con gloria,
para ejemplo y asombro de naciones,
el Hosanna de Paz y de Victoria
esparcieran, del mundo en las regiones,
los bronces resonantes de la Historia.

México, Marzo 1890.



DESEAR Y POSEER.

(Imitación de Lord Henry Lytton Bulwer.)

De rutilante estrella enamorado
un soñador poeta,
de estruendo y diurna luz impacientado,
suspira por la obscura noche y quieta.

“¿Porqué, — prorrumpe, — en el azul sereno
“tan apartada de mi alcance luce
“la que, en su trono de esplendores lleno,
“tanto á mi ardiente corazón seduce?

“Jamás el tuyo, idolatrada mía,
“dióse á un amante en noche solitaria;
“si al fin, á la atracción de mi plegaria
“fulgurase en el suelo tu presencia,
“hasta morir de amor consumiría
“en tí toda mi esencia.”

Del soñador el voto
conmueve á la belleza soberana,

que, desprendida del celeste imperio,
trueca por forma de hermosura humana
de su radiante esencia el ministerio.

Alma y cuerpo le rinde! Luego inquiera,
de rósea palidez el rostro lleno:
“¿cuál mi amador prefiere,
“mirada de astro ó femenino seno?”

Con voz fría y semblante indiferente
respóndele el poeta: “Extinto miro
“el que inflamó el deseo amor potente,”
y con blando suspiro
prorrumpe la mujer—antes planeta
de pureza esplendente:—
“Perdí, por darme al hombre, hasta el poeta.”

Á LA NIÑA

MARÍA ELISA MENDOZA
EN SU ALBUM.

Ave que, en sedas del patrio nido,
jaulas no temes, sueñas palacios,
quiera de brisas dulce sonido
de la ventura por los espacios
llevar tu incauto vuelo atrevido.

Nave que, huyendo nativa playa,
nunca perfidias del mar recela,
no enturbie escollo tu blanca estela:
aura benigna contigo vaya,
inflando siempre tu dócil vela.

Flor que despliegas gentil capullo,
color y aroma que el Sol envidia,
de campo y aire plácido orgullo,
la del pedrisco blanca perfidia
céfiro ahuyente blando en murmullo.



Niña que creces como en la tarde
de tibia estrella la lumbre crece,
Dios de asechanzas sordas te guarde,
de los peligros que el mundo ofrece
y de los rayos en que amor arde.

Guía á tus vuelos, Norte á tus giros,
empleo casto de tus aromas,
término suave de tus suspiros,
de madre ejemplos, de madre axiomas
del mal te guarden contra los tiros.

En su inexhausta luz de pureza
á que lecciones de mundo auxilian,
¡oh niña! tiene tu gentileza
cuanto justicia y amor concilian,
cuanto reunen mando y terneza.

Otorgue á entrambas benigno el cielo
la que merecen luenga ventura
tú, de las gracias colmo y modelo,
ella, aún más rica que de hermosura,
de las virtudes que admira el suelo.

San Ángel, Julio de 1890.



EL ROMERO.

EN UN ALBUM.

No! paje y buen cantor. * Nunca mi planta
cruzar pudiera el trémulo rastrillo
del moruno castillo,
en que gozoso estrépito levanta
gallarda muchedumbre
de damas, caballeros, trovadores,
que acoge, bajo espléndida techumbre,
insigne castellana
cuyo heroico linaje,
en bélica fortuna,
la Cruz, triunfante de la Media-Luna,
enarboló en la torre de Homenaje.

No! La zambra jovial siempre trastorna
el humilde romero

* Alude al insigne poeta Manuel Gutiérrez Nájera, cuya primorosa composición es la primera entre las del Album dedicado á la Sra. D^a Feliciano Cuevas de Esteva.

que, tras luenga jornada, viejo torna,
y á quien sólo enriquecen
conchas del Rojo-Mar, purificadas
en las ondas del Lago Tiberiades;
un bordón arrancado
á los cedros del Líbano sagrado,
vencedores de rayos y de edades;
y, bajo tosco sayo, un gran tesoro:
reliquia, en marco de oro,
ante el Sepulcro Santo consagrada;
don postrero de anciano cenobita
al exhalar, en frígida caverna,
entre oración bendita
y ansias de santo amor, el alma tierna.

Pecados de otro amor, joven lozano,
impusieronme larga penitencia
y torno viejo á la región natía . . .
¡Ay! cuánto de dolor evitaría
quien alcanzara á unir — ¡difícil ciencia! —
con rubia mocedad cana prudencia!

Siguió al error, cual suele,
tardo arrepentimiento. . . ¡Inútil lucha!
Por más que penitencia me consuele,
del reproche la voz el alma escucha,
y del alma á la par, el cuerpo duele.

Señora! De tus méritos la fama
por el Oriente cunde;
á tí los tristes llama,
y en los pechos difunde
de tu virtud la consolante flama.
Por eso á tus umbrales
acércase el romero
con pasos desiguales;
de tu doncel—poeta entre las manos,
como la sombra ante la luz decrece,
de su cítara rinde restos vanos,
y para tí le ofrece
del extinto eremita nazareno
la sagrada reliquia, á cuya falta,
bien como en todo adiós, dentro del seno
el corazón se agita y sobresalta.

Así, noble matrona,
al tributo se asocia que te rinden
los del alta virtud admiradores.
La prez de los más diestros rimadores,
la noble gaya—ciencia mejorando,
tus méritos pregona,
justiciera en tus sienas colocando
de esposa y madre la mejor corona.

Yo, cumplido mi voto,
morir ansiando en cántabra ribera,
arduo viaje prosigo
hacia el grandioso templo do venera
el monarca, lo mismo que el mendigo,
al santo Apóstol, defensor de Asturias,
de cuyo albo coreel y roja espada
aún tiemblan, entre polvo de centurias,
los restos de morisma destrozada.

Tú, insigne trovador, imberbe paje,
á los pies de esa dama ofrece atento
del viejo peregrino el homenaje,
acaso del cantor postrer acento!



HOSANNA A LA CARIDAD.

Borrado apenas de civil contienda
el vestigio sangriento;
visible todavía la tremenda
ruina, del suelo al retemblar violento;
aún recientes las lágrimas y el luto
que impone á Europa, en bárbaro tributo,
el monarca del Ganges pestilente,
y ya, de nuevo, la implacable saña
del adverso destino
fulmina sobre España
de diluviales ondas torbellino.

Campos anega do el cultor segura
de amada prole la existencia vía;
hogares arrebatado en hartura
felicidad doméstica reía;
miseria esparce y desnudez propaga
donde antes abundancia florecía. . . .
y hace menos aciaga



de víctimas innúmeras la suerte,
cuyos despojos cubren, á millares,
en arenosas márgenes los ríos,
ó en su vientre salobre roncós mares.

La Esperanza se aleja en desconsuelo!
Doquier reina el terror, el llanto fluye
ó el despecho en blasfemia ofende al cielo.
¡Sólo humildad cristiana restituye
santa resignación en tanto duelo!

Bien como suele á noche aterradora
suceder, en el lóbrego horizonte,
anuncio de fulgor que apenas dora
la excelsa cumbre de riscoso monte,
así, en aquella inmensidad de estragos,
de horrores y miseria,
los maternos halagos
de la cristiana Caridad resurgen
á reanimar el corazón de Iberia.
La Esperanza de nuevo se encamina
á la extensa mansión del sufrimiento;
y, á competencia, surgen
sobre desolación y llanto y ruina,
el óbolo que ahorra la pobreza,
de módica fortuna el don modesto,
la de ricos y próceres largueza.



De la tragedia aciaga
el rumor, de Anahuac por las regiones
como eléctrico rayo se propaga.

Todo pecho español se cubre en luto;
toda española diestra se apresura
á pobre ofrenda ó liberal tributo
con que endulzar procura,
en los distantes míseros hermanos,
rigores de la horrible desventura.

Y al par los corazones mexicanos
en que el amor del bien robusto impera,
con fraternal cariño y francas manos
del ibero secundan la esperanza.
¡De caridad y gratitud los hechos
estrechan más la alianza
de extirpes nobles y de hidalgos pechos!

Y la mujer — primor de dulcedumbre
de belleza y virtud, que en nuestra esfera
esplende, cual de Júpiter la lumbré
sobre todos los astros reverbera —
con tierno afán y caridad ardiente
al generoso intento se dispone,
y al individuo, á la familia, al mundo
la ley segura del ejemplo impone.



Ah! ¡Con cuánta efusion la muchedumbre
al diluvio y al hambre sustraída,
de gratitud en himnos prorrumpiendo,
al alto Cielo, con fervor sumiso,
elevatorá sus preces bendiciendo
al ángel del azteca Paraíso!

¡Colmo de bendiciones para cuantos
al intento se asocien generoso
de enjugar de las víctimas los llantos!

De la doliente España
quiera apartar el Cielo los quebrantos
en que tenace adversidad se ensaña.

De México á las puertas
nunca de la desgracia el golpe llame,
que harto vibró desde su libre cuna;
y con manos abiertas
Dios, que justicia y compasión aduna,
bienes tantos y aún más, sobre él derrame
cuantos probó reveses de fortuna.

Septiembre de 1891.

EN CHAPULTEPEC.

Á D. Joaquín Arcadio Pagaza.

Como doquiera el mal, en abundancia
aquí florece, con beldad traidora,
parásita insaciable que devora
del árbol prócer la mejor substancia.

De la antigua floresta la arrogancia
la vista embarga, el ánimo enamora;
mas del placer la brisa corruptora
enerva del trabajo la constancia.

“¡Agua!” piden, con tácito lenguaje
los colosos del cerco peregrino;
pero el cultor les niega el homenaje.

De incuria y tiempo natural destino,
pronto será este alcázar de ramaje
sarcófago de momias de sabino.

Abril de 1892.



LAURUS NOBILIS.

A Guillermo Prieto, enviándole una planta de laurel,
rara en estos climas.

Laurel de Apolo
que tierno se alza á la materna sombra
del tronco pretector.

Grónorcas. Traducción de Miguel A. Caro.

Crece en mi huerto un árbol parecido
al que, en la tumba de Virgilio, antaño
plantó Petrarca, y que en injusto olvido
sufrió del tiempo y de la incuria el daño.

Congénere es del ramo que la frente
del vate y del guerrero
ornaba, cuando Roma armipotente
el triunfo de la lira ó del acero
al Olimpo exaltaba refulgente.

Su aromoso verdor aún del tugurio
alejaba el contagio.
Colocado en la popa del trirremo,
de victorias augurio,

10



las furias alejaba del naufragio
al compasado rechinar del remo.

Plegaria y voto al par, la gente griega
contra destino infausto
en el onda lustral el lauro anega;
y de oro, más que de agua, en holocausto
la trípode Apolínea en Delfos riega.

Él en los juegos píticos ceñía
la sien sudosa al triunfador atleta
ó al vencedor del canto.
Él — pueril vanidad en héroe tanto —
bajo verde follaje y floreciente,
del sarcasmo del vulgo sacó salva
la pensativa frente
del grande Dictador, radiosa y calva.

Del huerto, donde el aura
con vivífico aroma
el vigor de tus músculos restaura
y de la edad los sinsabores doma,
este joven laurel ornato sea;
y creciendo en vigor y lozanía,
por lustros de salud y poesía

de tu vejez las lindes dilatarse
á inusitado alongamiento vea.

Y cuando apague el luminoso faro
de tu fértil ingenio la Inclemente,
de la movable cúpula al amparo
repose tu ceniza blandamente.

¡Oh buen poeta! En lustros venideros
tu sepulcro y el árbol que le asombre
frecuenten de las letras los obreros
silabizando con amor tu nombre.

Así justo homenaje á gran renombre
y de robusta inspiración auxilio,
de Posilipo en la desierta gruta
culto, aún sin verlos, el cantor tributa
al lauro y la ceniza de Virgilio.

Enero, 1893.



FUGIENS A MUNDO.

—
SONETO.

Retraído del golfo turbulento
que navega el mundano en frágil barca,
quien ama la razón y el sentimiento
busca la soledad, en ruidos para.

Allí no afea el noble pensamiento
del vicio y del error la doble marca,
y el hombre, de oropel sin ornamento,
es de sí mismo en realidad monarca.

De la paz saboreando las delicias,
allí retorna á su esplendor pristino;
y del mundo y sus pérfidas caricias

mirando el asqueroso torbellino,
se dice con dolor: "Más inmundicias
encierra el corazón que el intestino."

Enero, 1893.
—

ANTAÑO Y OGAÑO.

A Rafael de Zayas Enríquez.

SONETO.

Arrepentido, ayer, desengañado,
del claustro á redentora penitencia
ó á calmar infortunios é indignancia
entregábase el hombre, resignado.

De Caridad ó Religión sagrado
bálsamo apaciguaba su conciencia
hoy, cultor del orgullo y vana ciencia,
vive á los goces materiales dado.

Sácianle al fin! Su malestar custodia
el verdugo implacable del fastidio;
piensa un día que Dios, que al hombre odia,

la vida instituyó como presidio;
y cumple—de Catón necia parodia—
la horrenda insensatez del suicidio.

Mayo de 1893.

CANTO FÚNEBRE.

A SANTANDER, EL 3 DE NOVIEMBRE.

Audite, obsecro, universi populi,
et videte dolorem meum.....
quoniam amaritudine plena sum.

Jeremias, cap. II, vs. 18, 19.

Vierte adverso destino sobre España
ánfora inagotable de amargores:
¡á víctima indefensa mayor saña!
Del verdugo del Ganges los rigores,
las convulsiones de la térrea entraña,
de impensados diluvios los furores;
toda calamidad hiere la tierra
que aún oye en sueños el clarín de guerra.

¿Cuándo sus iras templará la suerte,
de frutos de dolor productoras?
Eléctrica centella nos advierte
que aún no se mudan las aciagas horas;

que en explosiones súbitas la muerte
hace estallar sus fuerzas destructoras,
y con rayo, que en nubes no fulgura,
cava de gran ciudad la sepultura.

Eras ¡oh patria! de riqueza emporio,
hoy de ruinas y lágrimas resumen.
¿Por qué sobre tu faz paño mortuario,
de sangre y fuego, tiende adverso numen?
¿Mancha tu historia crimen proditorio
para que plagas hórridas te abrumen?
Del náufrago al socorro te apercibes,
¿y en vez de premio punición recibes?

No importa! Al arriesgado trance corre
membrudo el pescador en pobre barca.
El marino, el soldado, el jefe acorre
en mar y tierra vencedor monarca;
todo brazo en vigor se alza y socorre
(sin demandar si infame origen marca
con sello de baldón el caso horrendo)
al que espira entre llamas combatiendo!

En súbita explosión la nao revienta
por el aire en fragmentos esparcida;
álzase el mar con furia turbulenta;
el suelo treme en brusca sacudida,

tórrida flama y nube cenicienta
la atmósfera recorren sorprendida,
y el ancla, huésped de los bajos mares,
vuela, cae, perfora altos hogares.

Encórvanse los muelles, desgarrados
cual si estallare subterránea mina:
cadáveres ó miembros destrozados
cubren las calles — ¡palpitante ruina! —
Con lágrimas y gritos sofocados
la muchedumbre escombros examina,
y hallando herido ó muerto su tesoro,
en blasfemia prorrumpe ó rompe en lloro.

Otros resignación piden al cielo
en el polvo doblando la rodilla:
del sacerdote el religioso celo
cabe el herido moribundo brilla;
ciencia y autoridad brindan consuelo,
y allá, en el fondo de la opuesta orilla,
en densa nube de aflicción amarga
se emboza y tiembla el monte de Cabarga.

¿Qué pluma, qué pincel decir pudiera
la inmensidad del formidable estrago?
Lamas, sangre y escombros donde quiera;
instantáneos el golpe y el amago;

en llanto las familias; por la esfera
de universal gemido el eco vago;
y el pavor en las almas acreciendo
del mar en rebelión el bronco estruendo.

Si el aguijón de escuálida codicia
al fraudador, que escrúpulos ignora,
por la senda empujó de la nequicia
de infortunios y estragos creadora,
vibre sobre él su espada la justicia;
y si vence su astucia corruptora
(glacial ante las víctimas que gimen),
pague en remordimiento largo el crimen.

A más no aspira el noble castellano,
ni perdura en su pecho la venganza.
¿Nació de fraude el mal? Perdón cristiano
del fiero estrago el causador alcanza.
¿Habrá remordimiento?... Ay! El insano
amor del interés, cínico avanza
en nuestra edad, cuya es mayor laceria
el culto de la sórdida materia.

¡Paz á vuestras cenizas, impensados
mártires de rencores de fortuna!
¡Volved á Dios! Espíritus alados
el cielo os abren, de las almas cuna.

Los cadáveres vuestros destrozados
con amor guardará la pobre duna
ó el soberbio panteón. Vuestra memoria
perpetuará en sus páginas la Historia.

Viudas, heridos, huérfanos ampara
de la ciudad ruinosa el patrocinio:
la *Montaña*, aunque pobre nunca avara,
del óbolo que ahorró cede el dominio;
y la nación, bien que en el Riff prepara
de su derecho y raza el predominio,
y América en tu sangre ennoblecida,
vendrán ¡oh Patria! á embalsamar tu herida.

¡Oh, mi cuna infeliz! Tu esfuerzo pueda
del cataclismo reparar los daños.
Harto la faz de la Fortuna aceda
asombró de tus crónicas los años.
De hoy más benigno el cielo te conceda
no ser lástima á propios como á extraños.
Y así será; que do Virtud preside
no irrevocable malestar reside.

De servidumbre y guerra luengo caos
tu antigua historia fué. Tu heroico aliento
por fin triunfó de ponzoñosos vahos,
y de prosperidad zanjó el cimiento.

Ya la cortante prora de tus naos
rompe de Triana el férreo impedimento;
ya asiste á la invención de mundo ignoto,
en tus playas nacido un gran piloto: ¹

Ora, al vislumbre de tus albas lonas,
el Garona y el Támesis á fueros
tuyos someten sus marinas zonas;
ora, inermes, desnudos, tus guerreros
al gran repartidor de áureas coronas
repelen en combates carniceros;
ora, en lides tan justas como amargas,
de libertad el triunfo inicia Vargas. ²

Remembra ¡oh patria! tus antiguas glorias!
Ellas de tus presentes amarguras
suavizarán las lúgubres memorias.
Alternando desdichas y venturas,
de los héroes sorprenden las historias.
Del heroísmo ignora las alturas
quien no, de alma española dando prueba,
lo adverso, cual lo próspero, conleva.

Noviembre de 1893.

¹ Juan de la Cosa.

² El 3 de Noviembre de 1833 tuvo lugar la acción de Vargas primera de la guerra civil, y en la que los guardias nacionales de Santander derrotaron á las fuerzas carlistas, sesenta años, día por día, antes del cataclismo á que se refiere este canto.

LAS DOS MADRES.

(De Jean Rameau.)

Allá, lejos, mi hogar blanco sonrío;
allá mi cana madre se lamenta:
se agrieta el muro, encórvase la anciana,
y de la casa al par la madre tiembla.

De ambas hijo, venéralas mi pecho;
y cuando á veranear torno á mi aldea,
ábrese ¡oh madre! para mí tus brazos,
ábrese ¡oh casa! para mí tus puertas.

Beso las manos y los pisos. Siento
éstos moverse, conmoveverse aquéllas:
dulce llanto á mis párpados asoma
ya por la madre cuya sien albea,

ya por la madre de blanquizeos muros.
Mas al partir tritúrame la pena.
Húmedo lienzo en descarnadas manos
mi madre oprime, en convulsión extrema,

y mándame mi techo, hasta de lejos,
el ¡adiós! blanco de sus mudas piedras.
Un día, como suelo, de mis ojos
con el licor de despedida tierna,

la tuya escucharé, madre amorosa;
la tuya sentiré, mansión serena,
y bajo de tu azul ¡brillante cielo!
pálido partiréme á nunca verlas.

¡Oh mi albergue natal! En tus cornisas
musgo siempre lozano reverdezca;
y si pobre ó extraño á tí se acoge,
ábrele franco tus humildes puertas.

Tierra de mi país, donde brotaron
mis carnes al raudal de la existencia,
da blando abrigo á mi doliente madre
cuando las suyas á tu seno vuelvan:

y cuando ¡oh techo! caigas en ruinas,
entre ellas rosas vírgenes florezcan;
y en tu sepulcro ¡oh madre! aves, en nido,
mi pensamiento y cantos se guarezcan.

¡Cuán lejos de ambos moriré!! . . . Daráme
fría y triste mansión tumba extranjera;
mas quizás de sagrada nube el soplo
levante mi ceniza y os la vuelva.

LAS MONTAÑAS.

(De Jean Rameau.)

El Alma del interno Fuego quiso
escudriñar del Cielo la estructura,
y alzó grandes colinas de improviso.

Sobre ellas ¡rico manto de verdura!
de bosque en flor y de aromosa hierba
el Cielo desplegó la vestidura.

Sondar entonces el Fuego se reserva
los de nublos cubiertos horizontes;
y á ver cuanto en el éter se conserva

forja de aguda cima altivos montes.
El Cielo, á refrenar audacias locas,
de los cerros las cumbres multifrontes

tornó en diademas de punzantes rocas,
de cuyas puntas rápidos torrentes
hizo brotar por espumantes bocas.

Del Fuego el Alma — ¡sueños inocentes! —
quiso al espacio escudriñar los senos,
y elevó hacia los astros relucientes

picos de audacias puntiagudas llenos.
Quemó el Cielo con rayos destructores
las rocas; puso á los torrentes frenos,

y en clámides de hielo los altores
embozó para siempre! . . . Hombre, si llano
y humilde fueres, cercaránte flores.

De las cimas te aleje temor sano,
— ¡cuánto se sufre allí, cuánto se llora! —
como de abismos del pensar tirano.

Cumbre glacial ó sima que acalora,
de ambas, con amargor de agotamiento,
volvemos á la vida burladora
sin lágrimas, sin risas, sin aliento.

LAURUS NOBILIS

Al Sr. Canónigo D. Joaquín Arcadio Pagaza, entre los Arcades
de Roma Clearco Meonio.

SONETO.

Este retoño del que esparce aroma
laurel lozano en mi jardín florido,
entre humo y soplos vaporosos toma
rumbo á tu albergue, de las Musas nido.

Allí de Horacio y de Virgilio asoma
el númen. En tus versos difundido,
le escucha Grecia, cual le aplaude Roma,
por castellano metro enaltecido.

Prosperes de tus rimas al encanto
éste de tu cantar rústico premio;
y cuando suba con mayor ramaje

tus sienes, donde albea cerco santo,
corone, cual ya de Arcades el gremio
ciñó con ramo de inmortal follaje.

San Ángel, Agosto de 1894.

EN MEMORIA
DEL SEÑOR
DON JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA,
DIRECTOR DE LA
ACADEMIA MEXICANA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.

Hénos en venerable santuario,
antes de religión, hora de ciencia,
reconocidos huéspedes, devotos
del limpio culto de la lengua patria,
deplorando con voces lacrimosas
del buen caudillo la eternal ausencia.

¡Ah! traidora dolencia
del robusto varón desconocida,
extinguió, en el Otoño de la vida,
el sol de su preclara inteligencia.

Esta, futura madre de gran prole,
desde el fácil preludeo
por la aspereza del privado estudio
hasta las cumbres del saber llevóle.



Como el antiguo monje, en celda humilde,
escudriñando el polvo de los siglos
sacó á esplendente luz obscuros fastos,
él, monje en gabine suntuoso,
con paciente labor y estudios vastos
las crónicas de índicas centurias
— ¡tributo nunca á la verdad tardío! —
revindicó de errores y de injurias.

Forzoso fruto de civil contienda,
por el sereno campo de la Historia
brotó en abrojos la pasión tremenda.
Severo estudio y superior criterio
diéronle el poderío
de discernir verdades entre errores;
y con sentencia á todos justiciera,
de formas ¡cuán galanás! revestida,
que como el arte la razón escucha,
acalló la injusticia vocinglera
que engendraron los odios de la lucha.

Manchas así del castellano escudo
borró; mas condenando
con recto juicio, de rencor desnudo,
cuanto de injusto ó bárbaro deslustra
la ardua epopeya del triunfante bando.
¡Cuánto el antes intrépido guerrero

desplegó, tras la lucha, don de mando!
¡Cuántas, después, magnate ó caballero,
de gobierno ostentó dotes mayores!
El sacro Sacerdocio,
la Justicia, la Cátedra, el Trabajo. . . .
¡Cuánto de grande y útil,
aún con sus males, la Conquista trajo!
¿Excesos hubo de guerrera saña?
No hay conquista sin sangre. Los horrores
crimen fueron del tiempo y no de España.

¡Con qué fulgor — constelación radiante —
del fraile humilde la misión deslumbra!
Magro de cuerpo, desgarrado en ropas,
el alma en caridad sublime ardida,
al indio busca; ampárale del fuerte;
su mente con antorcha santa alumbra,
y suaviza el rigor de antigua suerte.
¡Cuántos, ay, difundiendo su doctrina,
solcitos de ajena bienandanza,
hallaron hambre y sed, martirio ó muerte!
¡Aún más que humildes, grandes
como altitudes de Andes!
Dios, de los serafines en el gremio,
dió á su virtud inmarcesible premio.

Cronista de estos héroes ignorados
fué el que perdimos, incansable obrero
de la verdad histórica, que hoy brilla,
merced á su labor, claro lucero. . . .
Mas do al saber —su venerando numen—
se alzaba otro pendón, era el primero.

Ardoroso español, la patria lengua
preserva del contagio
de frase, que el primor nativo amengua;
y en prominente estudio
que extenderá el benéfico prestigio
á venidera juventud, su alumna,
de América en común vocabulario
deja de erudición magno prodigio
que ¡truncada columna!
será su monumento cínereo.

No, empero, del saber la vasta copia
y el ganado renombre
más en extrañas tierras que en la propia,
crearon vanidades en el hombre:
vanidades no extrañas
en montículos, raras en montañas.
El sabio nunca se mostró altanero.
Así de Cristo el místico guerrero
ignora cuánto valen sus hazañas.

Harto más útil ciencia
con mérito inmortal le engrandecía.
De agrónomo feliz insigne ejemplo,
bien ganado caudal le permitía,
en secretos socorros derramado,
á la virtud mayor erigir templo.

Así en voz alta ó en suspiro oculto,
individuos, familias, sociedades
que sus dones disfrutan,
á su memoria silencioso culto
con oración y lágrimas tributan.

Abrióronle las letras — llave de oro —
el templo sin altar de la memoria:
domésticas virtudes y el tesoro
mejor, su caridad — hoy ya notoria —
le abren templo mayor: cristiana gloria!

¿Por qué, mientras el inútil ó malvado,
dañino ó vagamundo,
perduran como roeas de granito,
el sabio, el generoso, el útil, hunden
el cuerpo en tierra, el alma en lo infinito?
¡Insondables misterios que confunden
á la más perspicaz inteligencia!
Ante ellos, de morada más benigna

con la dulce esperanza,
el pensamiento humano se resigna.

El dardo que la suerte
nos asestó, en rigores implacable,
del corazón en lo íntimo llevamos;
y al sabio amigo, al compañero insigne
que hoy descifra el arcano de la muerte,
altar en nuestras almas erijamos.

Su laboriosa vida resplandece
como estrella en claror de turbio cielo;
y á la estudiosa juventud ofrece
de toda noble aspiración modelo.
Imítente también los que el futuro
asocie á la misión de esta Academia
que hoy, navegando á porvenir ignoto,
el mérito del náufrago piloto
de amor sincero con sufragios premia.

1894.

VÍA DOLOROSA.

A LOS AUTORES DE "CONSUELOS."

Infelicitatem meam cum dolore
porto.

KEMPIS, III-21-3.

Salobres ondas, invernales vientos
del soberbio navío en torno braman,
y de la crencha de humo los fragmentos
por la atmósfera obscura se derraman.

"Rompa ¡oh nave! tu férrea pesadumbre
"del Golfo el oléaje:
"hinche ¡oh norte! en acento de quejumbre
"las velas, de los mástiles ramaje:
"que allá, en remoto cielo,
"el Sol, opaco nunca,
"que alegró mi vejez con resplandores,
"ya entre occíduos negros
"su luz extingue y mi esperanza trunca."

Tal mi labio rogaba—en luz ó sombra—
 eternidades de creciente anhelo;
 y cuando logro, al fin, posar la planta
 en el ansiado suelo
 que del placer al buscador encanta,
 la que fué dulce imán de ansias paternas
 declina al hielo de extranjera tumba,
 y quiere Dios que en lágrimas internas
 —¡lento suplicio!— el corazón sucumba.

Huyo del galo emporio
 sibaríticos goces y alegría,
 que en campo mortuorio
 salvaje bando por trocar porfía:
 Babilonia del siglo
 do ruge apocalíptico vestigio.

¡Cruel misericordia! Blandas olas
 me impelen hacia el suelo
 do el doméstico asilo quedó á solas
 y, con eterno luto ennegrecido,
 ofreceráme —¡bálsamo de hielo!—
 reliquias vanas del amor ya ido.

¡Perseguidora suerte
 que implacables rigores eternizas

y á modelo filial mandas la muerte,
ni consentes que — débil lenitivo —
consagrada por ellas, sus cenizas
guarde la tierra en que muriendo vivo!

Lejos del patrio hogar, allá reposan
do indiferente el Sena se apresura,
por túmulo marmóreo cobijadas
que ornan, de arte ó natura,
flores por la amistad depositadas.

Llegué. Mas ¿dónde estoy? ¡Cércanme sombras;
No esplende el Sol como esplender solía:
los árboles perdieron sus verdes;
el campo la aromosa lozanía;
las auras los suavísimos frescores.

Mi hogar es el vacío;
el lecho potro que en mis carnes marca
de ansia y martirio huellas,
y en el espacio, como en la alma, siento
zumbar pedrisco y refulgir centellas.

El tremendo suplicio mentar huyo
que de una madre el corazón lacera.

Cura ajeno dolor. . . . mientras que el suyo
á toda humana concepción supera.

De la amistad, en tanto, el noble acento,
de insignes vates el gallardo coro
se asocia con ternura á mi tormento,
y en consejos de amor disfraza el lloro.
¡Bálsamo, cuán benigno,
sobre mi herido corazón derrama!
Puedo llorar. . . . y humilde me resigno;
que *Dios castiga más á quien más ama.*

De mi enlutada lira
¿en qué cuerda hallaré conciento digno
de esta mi gratitud, sincera y honda,
que los arpegios últimos inspira?

¡Sacerdotes del canto, cuyo numen
admiro cuanto os amo y reverencio!
á la elegía fraternal responde
la elocuencia difícil del silencio.

Sobre vuestro dosel, reyes del plectro,
entre visiones múltiples, discierne



mi espíritu un poeta, cuyo espectro
de la Fama en los ámbitos se cierne. *

¡Errores del Destino! Mientra insigne
cultor del tierno idilio se solaza
de los Elíseos campos en la fronda,
ordena que á la vida me resigne
y en máscara, que el rostro despedaza,
el interno suplicio al mundo esconda.

Si á la región serena
de tu espíritu ¡oh vate! digna estancia,
subiera un eco del dolor mundano,
el grito del que humanos pechos llena
tendría lastimera resonancia
en la paz del Empíreo soberano.

Insignes bardos, de amistad modelo,
que trémulos estrechan hoy mis brazos,
cuando mi hora llegue
y el alma, sueltos los corpóreos lazos,
al gozo eterno de la paz se entregue,

* Luis Gonzaga Ortiz, fallecido pocas semanas después de mi llegada á México.

si algo del bajo mundo conmemora
el insondable cielo,
en forma de suspiro
el éter obscurísimo surcando,
en invisible giro
por la nocturna calma
descenderé á vosotros, proclamando
la inextinguible gratitud de mi alma.

Quiera el cielo que vuestras plantas huellen
sólo valles repletos de ventura;
mientras en riscos dura,
la dolorosa vía
que conduce al reposo del sepulcro,
recorre sin temor la planta mía.

Tributo postrimero al ángel bueno
—antes de amor terreno,
hoy de esperanzas celestiales prenda—
y homenaje mayor á mi congoja,
mi mano á los zarzales de mi senda
de insonoro laúd trizas arroja.

1894.

APÉNDICE



1871



CONSUELOS

POESÍAS DEDICADAS

AL SR. D. CASIMIRO DEL CÓLLADO

EN LA MUERTE DE SU HIJA

LA SEÑORA DOÑA MARGARITA C. DE ALVEAR.

I

¡Cuán horrible dolor! En la alma mía
se repercute su vibrar intenso
y se hace sombra y confusión el día,
cuando me inclino á verte en la agonía
de tu infortunio inmenso.
¡Cuán horrible dolor! como un abismo
te cerca pavoroso tu tormento:
con miedo de mí mismo
temo lanzar mi acento
y desgarrar con voces doloridas
tus abiertas heridas.
Risueñas esperanzas, ilusiones,

halagos de renombre y de riqueza
arrolló con fiereza
la inexorable suerte
al hundir en la tumba y en la nada
la existencia de tu hija idolatrada.

¿Qué hiciste? ¿cuál tu crimen? ¿quién se pudo
lastimar con tu culto de ternura,
si era de tu misma alma esencia pura,
si era tu nardo blanco en los albores
de tus castos amores?
Era tu luz, la luz de su mirada,
de tu voz la sentida melodía,
música deliciosa,
y cuando con ternura te veía
tú sentiste, al besarte enamorada,
que su alma entre tus labios sonreía.

¿Qué vale la razón? ¿qué de la Ciencia?
la excelsa omnipotencia
que le atribuye la soberbia humana?
¿Quién conoce las leyes eternas
que imponen al mortal la dura suerte
de agotar las venturas y los males
en la copa de bronce de la muerte?



¿Quién ignora que es ave nuestra vida
que surcando el espacio, el vuelo emprende,
y que bajo sus alas escondida
hebra férrea depende
que la tiene á la muerte sometida
y de su mano inexorable pende?
¿Cómo? quién consolarte, hermano mío,
cuando el dolor terrible que te mata
tu mundo de venturas desbarata
y te entrega á la nada y al vacío?

Tu existir al través de su existencia
revestía del iris los colores;
era como aura blanda
refrescando sus alas en tus fuentes,
bebiendo sus aromas en tus flores;
gala de los espléndidos jardines,
decoro de aristócratas salones,
manantial de contento,
y escondido tesoro
que estallaba en sublimes vibraciones
sobre las cuerdas de tu lira de oro.

Hoy vuelves á tu estancia obscurecida
que como ruina está muda y desierta

esperándote en pie, mas también muerta;
y temiendo encontrar doquier despojos,
desde el umbral prorrumpes de su puerta,
con tu alma de dolor enloquecida:
¿En dónde estás, encanto de mis ojos?
¿En dónde estás, delicia de mi vida?
Y te responde el sollozar doliente
de tu Emilia, tu santa compañera,
la aurora de tu hermosa primavera,
el nítido lucero de tu Oriente;
ella que, herida y desangrando su alma,
por brindarte una gota de consuelo
finge sosiego y te procura calma.

¿Nada vale tan íntima ternura,
nada te dice su dolor sublime,
ni ves que de esos labios la sonrisa
hondos gemidos de dolor reprime?
Óyela, atiende, te señala el cielo,
la fe en Dios en su frente reverbera;
ella grita sublime: "cree y adora;
tras esta nube de mortal quebranto
nuestra hija nos espera."

A tí, Eterno Hacedor, á tí, Dios mío,
mis hermanos confío.
— Tú, de tu ángel de luz sigue las leyes,
levanta á Dios las suplicantes manos,
que esta es mansión de duelo y de gusanos.
Ella te aguarda en su región de estrellas;
Alzate del abismo en que derrumba
el dolor fiero á la materia inerte,
y convierte vivífico la tumba
en mentís victorioso de la muerte.

GUILLERMO PRIETO.

II

Ni riquezas, ni lauro, ni escondido
huerto de amor que al corazón es nido,
ni recto paso y firme en el desierto
árido de vivir, ni triple cota
de calma y de valor, ni la esperanza
lúcida y fiel de prometido puerto
son pararrayo al golpe
que el alma os deja desolada y rota.

Surcad, surcad los mares
rudos, de vuelta á los antiguos lares.
Allá queda una tumba

humedecida en llanto que no agosta
nocturna escarcha ni abrasado estío.
Aquí la dulce imagen
del bien ausente en el hogar ya frío:
y della en torno y de vosotros, niebla,
cielo sin luz ni azul, campos sin flores,
techos y muros altos que no puebla
la movil sombra ni el acento flébil
de la que ya murió; y al lado vuestro
tétrica Soledad, Dolor siniestro.

Solo consuelo es Dios. La humana vida
no bien amaneció cuando ya es ida.
Llévenos su raudal: en el remanso
de la piadosa muerte
hallan obrero y luchador descanso.
¡Oh Margarita bella!
¡Oh Padres infelices por amantes!
Orad. — Breves instantes. . . .
Un paso más, y os juntaréis con ella.

J. M. ROA BÁRCENA.

III

Ven, llega, ¡oh dulce amigo! El pie cansado
en la playa feliz de Anáhuac sienta:
tu asilo sea en la hórrida tormenta
que te ha movido inexorable el hado.

De esta mi patria el éter azulado,
el aura tibia que se mece lenta
y la campiña opaca y opulenta
bálsamo son al corazón llagado.

El sol americano con luz pura
la pupila bañó en aqueste suelo
de aquel ángel de paz y de ventura.

Hoy que á su Dios ha remontado el vuelo,
ven á México, ven, que de esta altura
más cerca está la inmensidad del cielo.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

IV

Que calle y que respete frío y mudo
su terrible dolor? Que el egoísmo
del amor paternal se goza rudo
en gemir, de su angustia en el abismo

y solo; porque no hay en tal tormento
“más consuelo al dolor que el dolor mismo?”
¡Que calle! no; dejad que en un lamento
el alma toda, de congoja llena,
trémula vuele al mísero que llora
en las orillas fértiles del Sena.

Al noble amigo, acaso,
inútil fuera recordar que el suelo
es valle de dolor al peregrino
que cruza por su senda, y sólo el cielo
el descanso final de su destino?

Que la temida muerte
que al infeliz mortal así consterna
no es sino el sueño que nos da reposo;
su despertar la venturanza eterna?

¡Ay! ver nacer y cultivar cuidadoso
una preciosa flor, gloria de Mayo
por pureza, beldad, gala y aroma;
verla bañada por celeste rayo
de luz primaveral, y luego mustia
yacer rendida en eternal desmayo!
¡Pobres cultivadores! pobres padres
á quienes dió la bendición del cielo
en su edén conyugal y entre embelesos

felicidad cumplida,
y á colmo de fortuna,
un ángel puro á quien dormir con besos
cabe su blanca é inocente cuna!

Y creció, y con los años
su belleza también: ¡ay! la belleza
que no aparejan ni maldad ni engaños;
la que forma el linaje y la nobleza,
la ventura y la calma,
la hermosa seráfica del alma
que ciñó como un nimbo su cabeza.

Tal era su beldad. — El mexicano
suelo que oyera su primer vagido
y niña y púber la admiró; el hispano
suelo en que esposa retejió su nido,
y noble grupo en la francesa corte
la vieron y la amaron, y con pena
escuchan hoy el lúgubre gemido
que en el recinto paternal resuena,
y se agostó la flor dejando el duelo
al corazón donde tenaz se aferra;
dando sus hojas á la madre tierra,
dando su aroma al delicioso cielo.
Y era ¡ay! triste dolor de los dolores,
la *única* flor en su verjel de amores!

Sufrid, llorad; naturaleza avara
excepción en tal pena no concede;
porque esa dura ley tan sólo el cielo
vencer ó moderar, bondoso puede.

Pero tregua al dolor: el Poderoso
que os la dió, os la quitó; bien fortunado
el que á inmutable ley dócil inclina
y á tan sagrada voluntad la frente,
y resignado, de la Fe divina
humilde bebe en la inexhausta fuente.

*
* *

Tal vez tu lloro amargo
y el sollozar del maternal lamento
sofoque el ¡ay! que encargo
lleve á tu oído compasivo el viento.

Mas si le oyes, acaso, amigo mío,
lenitivo pequeño, como humano,
será si piensas que en país lejano
hay quien en tu dolor crudo é impío,
te acompaña, y sincero
el medio busca de estrechar tu mano.

Y plegue á Dios que al retornar doliente
á la adoptada tierra que en un día

centro fué de tu amor y tu alegría,
la sincera amistad indeficiente
y la resignación santa y cristiana
al confortar tu pecho, soberana,
al cielo eleven tu abatida frente.

LUIS G. ORTIZ.

V

Hay horas en la vida, horas oscuras,
resumen de dolores, haz de amargas,
en que la luz se extingue de la esperanza,
y el corazón herido ya nada alcanza
sobre la tierra,
que calme de sus males la horrible guerra.

El cielo que antes vimos limpio y sereno,
borrascoso aparece de nubes lleno;
el ave que alegraba nuestros jardines,
de lejanas regiones en los confines
gozosa canta;
que aquí ¡triste destino! la vida espanta.

Tú lo sabes; tú viste la flor bendita
de tus tiernos amores caer marchita;
sus pétalos ya mustios cubrir el suelo,

y su perfume místico volar al cielo,
do se confunde
con el Sér que la llama de amor infunde.

¿Por qué lloras entonces? ¿Por qué tu pecho
ofrece á tus suspiros espacio estrecho?
¿Por qué tras esas sombras no ves la lumbre
que indeficiente llena la alta techumbre
do las estrellas
son de séres dichosos brillantes huellas?

Aquí todo es obscuro; todo aquí pasa;
el dolor es inmenso, la dicha escasa.
De la conciencia brota la voz que advierte
que el placer es mentira, verdad la muerte:
voz que importuna
el sepulcro señala junto á la cuna.

Levanta pues los ojos; la tierra deja.
Hay más allá quien oiga tu amarga queja:
hay quien del frágil cuerpo ya se despoja;
quien tus lágrimas tiernas dulce recoja,
y que señala
un premio á los suspiros que tu alma exhala.

No es ilusión efímera que forja el alma
en su seno buscando mentida calma.
Del corazón herido no es fugaz sueño;

de los hondos dolores no es el beleño
que nos procura
alivio pasajero; mas que no cura.

Es verdad que del fondo del alma nace:
única que en el mundo nos satisface.
Ley de nuestro destino por Dios escrita;
que el hombre reconoce cuando medita
que aquí no hay fuente
en que apagar pudiera su sed ardiente.

¡Separación eterna!—Dura palabra,
que en la roca del miedo la duda labra.
¡Ausencia pasajera!—Voz de consuelo,
que cual eco de dichas baja del cielo;
que Dios pronuncia,
y venero de eternos goces anuncia.

A la vida terrena paga hoy tributo
tu corazón henchido de negro luto;
mas la esperanza llega: su soplo tibio
te infundirá consuelo, te dará alivio.
¡Dulce esperanza,
que detrás de la muerte la vida alcanza!

J. M. VIGIL.

VI

Ciprés abandonado por el ave,
planeta sin calor, flor sin rocío,
¿qué te podrá decir el labio mío
que pueda mitigar tu pena grave?

Mi pobre lira consolar no sabe
dolor tan verdadero y tan sombrío:
¿qué ha de hacer sin sus márgenes el río?
¿á dónde irá sin su timón la nave?

Cual árbol secular que se estremece
del cierzo bajo el ala despiadada,
tu cabeza se inclina y se encanece.

Mas no es interminable tu calvario,
porque ves, al final de la jornada,
resplandecer las puertas del santuario!

ADALBERTO A. ESTEVA.

VII

Tras de la nube sombría
luce el sol del medio día,
en toda su plenitud;
así detrás de la muerte

el sol de la vida vierte
raudal eterno de luz.

Nuestra vida transitoria
es la breve trayectoria
de un meteoro al pasar;
principio y fin igual tiene:
cuanto nace de Dios viene,
y cuanto muere á Dios va.

Aquel que pasa primero,
nos va indicando el sendero
que tenemos que seguir;
que si la muerte desune,
también ella nos reúne
en otra vida sin fin.

R. DE ZAYAS ENRÍQUEZ.

VIII

De tu paterno hogar única estrella,
venero inagotable de ternura,
de niña te admiré por bella y pura;
te admiré ya mujer por santa y bella.

En tu dulce mirar trajiste huella
de una patria mejor, la azul altura,
y en el templo envidiara tu apostura
de Sión la más púdica doncella.

¡Oh flor en plena juventud marchita,
tus fugaces abriles atesoran
la fe sin tregua y la virtud bendita!

¡Duerme! En mi hogar donde las penas moran,
cuando beso á mi tierna Margarita
mido el dolor con que tus padres lloran!

JUAN DE DIOS PEZA.

IX

Hasta México llegó
desde la margen del Sena
el gemido que honda pena
á tu pecho le arrancó.
Tu queja repercutió
en nuestro sér; tu amargura
y tu horrenda desventura
provocaron nuestro llanto,
y se elevó puro y santo
nuestro voto hacia la altura.

¿Cómo nó, si tu solías,
honor de los trovadores,
cantar en tiempos mejores
de Anáhuac las alegrías?
¿Cómo nó, si en las impías
tormentas de sangre y duelo
que enlutaban nuestro cielo,
tú con generosa mano
brindaste siempre al hermano
el bálsamo del consuelo?

Entonces, allí en tu hogar,
hermosa, gentil, garrida,
joya del alma querida,
pura cual blanco azahar,
Margarita en su mirar
luz del cielo reflejaba
si en tu ancha frente posaba
con infantil embeleso
de su labio el dulce beso,
y cual las aves cantaba.

En tierra extraña, marchita
la única flor de tu huerto
ay triste! quedó; ¡no ha muerto
en México Margarita!
Enmedio á tu horrible cuita,
al sangrar tu corazón,

¿no alcanza á ver tu razón
que no te quiso causar
Anáhuac, nunca, el pesar
que hallaste en otra región?

Torna á tu hogar; afanosa
te ofrecerá nuestra tierra
la alma ternura que encierra
seno de madre amorosa.
Allá lejos, desastrosa
pudo la horrible aflicción
destrozar tu corazón,
dejar tu bajel deshecho. . . .
Tendrá aquí tu noble pecho
cristiana resignación.

Torna á tu hogar; si pasaron
para no volver, los días
de las dulces alegrías
que tus cantos inspiraron,
la blanca estela dejaron
del recuerdo; la piedad
que en horas de adversidad
nuestras penas graves calma,
dará cariñosa á tu alma
como ofrenda la amistad.

FRANCISCO SOSA.

X

¿Qué fué tu juventud? el vellón blanco
de hermosa nube en el cristal del cielo,
reflejando la luz del sol candente
ó la flama inmortal de los luceros.

¿Qué fué tu juventud? la hermosa ola
en la inquieta extensión del mar violento,
desgajándose en perlas y brillantes:
que así fueron tus trovas y tus versos.

Amaste á una mujer, y en sus altares
quemó tu alma su primer incienso,
y emprendiste el camino de la vida
con ese amor, el único y postrero!

Y lloraste en la cuna de tu hija
con llanto dulce del amor más tierno,
y absorbió tu existencia toda entera,
y su imagen aun vive en tu cerebro.

No hay noche para ella, el infinito
la alumbra con su luz dentro tu pecho,
y habla contigo y te acaricia y ama
y te buscan sus labios con respeto.

Tú la llevaste en la tendida nave
á mirar tus montañas y tu cielo;

esa patria feliz que tanto adoras
y que siempre arrastró pensamiento.

En la brillante corte de tus reyes
fué de belleza y de virtud modelo,
perla cuajada en nuestros lindos mares,
flor nacida en el trópico altanero.

No pudo doblegar su blanca frente
del Guadarrama el arrasante cierzo,
y de París la atmósfera turbada
llevó el postrer suspiro de su seno!

Y tú lo recogiste como un ritmo
en el obscuro abismo de tu pecho,
última vibración de la existencia,
nota postrera del dolor acerbo.

Cual ráfaga de luz que el sol emana,
brotan del corazón hondos recuerdos;
los abismos del alma iluminados
y los ojos de llanto siempre llenos!

¿Qué fué de tí, que tus pupilas rojas
llanto denuncian y dolor inmenso?
¿Qué fué de tí, responde, que en tu frente
de la dicha se apagan los destellos?

Una lágrima triste y dolorida
se congela en tus párpados ya secos,

y tu frente de angustia palidece
y la nieve se cuaja en tus cabellos.

Y te cubres el rostro con las manos,
cuando en convulsa vibración el eco
llega á tí del gemido de una madre,
el gemido más hondo y más intenso!

¿Quién eres tú, para librarte osado
de la ley implacable? sér pequeño,
átomo nada más, que el torbellino
va empujando á las sombras y al silencio.

¿De qué sirvieron los alardes vanos
de una felicidad mito de un sueño?
¿De qué las glorias que te dió la fama?
¿De qué los lauros que te ofrece el genio?

Si no tiene tu voz fuerza y prestigio,
si no tiene tu sér fuerza y aliento
para alzar á tu hija del sepulcro
y arrancarla al silencio de los muertos!

Todo empalideció; la luz fébea
se extinguió en el confín del firmamento,
se apagaron las olas de brillantes
y la flama inmortal de los luceros!

De tu homérica lira el triste ritmo
en sus ondas sonoras lleva el viento,

con imágenes, sombras y memorias
que cruzan sin cesar por tu cerebro.

Cierra ese album do trazó la muerte
de tus dolores el renglón más negro,
y si quieres llorar, busca la noche;
es la deidad del llanto y del misterio!

JUAN A. MATEOS.

XI

Clara revelación de alto destino
eres ¡oh Muerte! y en la fosa umbría
tienes luz y esplendores como el día,
para el triste y cansado peregrino.

Como la flor en el punzante espino,
brota en tus huellas la Esperanza pía
que torna en melancólica alegría
los dolores y angustias del camino.

No de triunfos blasones insolente,
segadora cruel, pródiga en duelo,
y ante el amor doblégate impotente.

Mata, si puedes, el sublime anhelo
que en alas de la fe lleva al creyente
en pos de los que le aman, hasta el cielo.

RAFAEL DELGADO.

ERRATAS

		Dice.	Debe decir.
Página 23,	verso	6º..... setro	cetno
" 24,	"	2º..... morada	morada:
" 31,	"	4º..... Gocemos	gocemos
" 42,	"	8º..... cabeza,	cabeza
" 85,	"	19º..... aves, en nido,	aves en nido,
" 90,	"	4º..... gabine	gabinete
" 93,	"	19º..... roeas	rocas

Ya encuadernado el presente volumen, su autor notó el siguiente error, que ha creído necesario rectificar.

En la pág. 8, verso 20º dice: *dilata*; debe decir: *retrata*.



ÍNDICE

	Págs.
Prólogo.....	III
Insomnio.....	1
Enriqueta Sontag.....	6
Ante el Niágara.....	7
En un templo.....	13
Sevilla.....	14
Napoleón en Santa Elena.....	23
En el centenario del General D. Nicolás Bravo.....	24
El lago.....	29
Adiós al poeta.....	33
Genio y olvido.....	36
Diluvio.....	42
En el album de la Srita. Sara Chavero.....	47
Contrastes.....	48
Cantabria.....	49
Desear y poseer.....	60
A la niña María Elisa Mendoza.....	62
El romero.....	64
Hosanna á la Caridad.....	68
En Chapultepec.....	72
Laurus nobilis. A Guillermo Prieto.....	73
Fugiens à mundo.....	76
Antaño y ogaño.....	77

	Págs.
Canto fúnebre.....	78
Las dos madres.....	84
Las montañas.....	86
Laurus nobilis. <i>Al Sr. Pagaza</i>	88
En memoria del Sr. D. Joaquín G. Icazbalceta.....	89
Vía dolorosa.....	95
Apéndice.— Consuelos.....	103
Erratas.....	125



